Esta es la traducción provisional de la transcripción de una sesión de preguntas y respuestas sobre ***La verdad divina*** ─la S2─, del año 2013 (Jesús y María Magdalena).

[Está traducido mediante "google"; luego hice retoques contrastando con el vídeo/transcripción en inglés. (*Subido el 31 octubre 2026.*) Para más información ver enlaces abajo.]

Sesión de preguntas y respuestas.
Con Jesús y María - 28 agosto 2013
La verdad de Dios (verdad divina), S2
Cualidades y atributos de la verdad de Dios: 1 a 7
Más información: unplandivino.net (v1)

FAQ Session/Interview
With Jesus & Mary – 28 Aug 2013
God's Truth (Divine Truth) S02
Qualities & Attributes Of God's Truth 1 to 7
divinetruth.com

Transcripción en inglés: https://divinetruth.com/docts/2013/20130828-1300-1300-jesmm-dt-int-gdtrut--Divine%20Truth%20(Attributes%20of%20Truth%201-7)--en-transcript.pdf
Sesión en youtube: P1 http://youtu.be/__9LPG6b3eg ||| P2 http://youtu.be/v7zoYQBBV-A

___

Entrevista con Jesús – La verdad divina
Sesión 2, Parte 1
1. Introducción

Jesús: Bienvenidos de nuevo al canal de preguntas frecuentes. En esta ocasión, presentamos la segunda sesión de preguntas relacionadas con la Verdad Divina. Si estás viendo este video en particular y aún no has visto la sesión introductoria ─la primera sesión sobre la Verdad Divina─, te sugiero que lo hagas antes de continuar con estas preguntas.

Estas preguntas girarán en torno a los temas que planteamos en la primera sesión, referentes a los atributos y cualidades de la Verdad Divina. El motivo es que dichos atributos y cualidades están muy bien definidos; si logramos comprenderlos, resulta sencillo aplicarlos a lo que escuchamos en nuestra vida cotidiana para determinar si aquello que percibimos constituye, o no, la Verdad Divina. Por ello, recomiendo que analicemos estos atributos y cualidades.

Hoy los abordaremos desde dos perspectivas, ¿verdad? La primera es: ¿cuál es el atributo o la cualidad específica de la Verdad Divina? Y la segunda parte, para cada uno de ellos, es: ¿cómo se manifiesta esto en nuestra vida diaria? ¿Qué aspecto tiene? Si comprendemos esto a nivel del alma, ¿a qué nos impulsa dicho atributo o cualidad? Ese es nuestro enfoque para hoy.

En esta sesión analizaremos los primeros siete atributos y cualidades, y en otra posterior abordaremos los siete siguientes. Por supuesto, esta lista no es exhaustiva; es decir, estos atributos y cualidades han sido definidos específicamente para ayudaros a identificar qué es la Verdad de Dios, pero no constituyen una relación completa. En otras palabras, existen otros atributos y cualidades que podremos tratar más adelante. Pero consideramos que estos son los catorce atributos y cualidades más importantes que podemos enumerar, y hoy abordaremos siete de ellos.

¿Qué querías decir, querida?

María: Solo quería recordarles a todos que esta no es una lista exhaustiva ni definitiva de las cualidades de la Verdad de Dios.

Jesús: De hecho, es imposible ofrecer una lista definitiva de las cualidades de la Verdad de Dios, ya que esta es infinita por naturaleza; así que eso tiene sentido. No obstante, estas catorce cualidades serán de gran ayuda para determinar si lo que recibimos ─provenga de la fuente que sea─ forma parte de la Verdad de Dios, o si se trata simplemente de una opinión personal, o bien de algo en lo que cree la gente en todo el mundo, pero que en realidad no es más que una opinión, y no la verdad.

Ese es, pues, nuestro objetivo para hoy; así que comenzaremos a analizar las cuestiones una por una. Gracias por dedicar vuestro tiempo a escucharnos hoy; estoy seguro de que encontraréis

interesantes estos planteamientos.

2. La Verdad Divina es infinita

María: Primera cualidad: ¿a qué te refieres cuando dices que la Verdad Divina es infinita?

Jesús: Bueno, dado que Dios es infinito y que tiene sentido que el Universo posea, en potencia, la capacidad de un crecimiento infinito, podemos asumir lógicamente que la Verdad Divina en sí misma ─es decir, la totalidad de la Verdad de Dios─ es infinita por naturaleza. En otras palabras, nunca llegaremos a conocer todo lo que Dios ha hecho.

De hecho, resulta interesante observar que algunos libros sagrados del planeta afirman esto; por ejemplo, en el libro de Eclesiastés, en la Biblia, se dice que nunca llegarás a descubrir todo lo que Dios ha hecho: sin importar cuánto tiempo vivas ni cuánto tiempo dediques a investigar la verdad, jamás podrás conocerlo todo. Esta es una cualidad de la Verdad Divina y, si lo piensas bien, resulta lógico asumir que así es.

Siendo esto así, nada finito puede contener algo infinito, lo cual significa que obras como la Biblia u otros libros sagrados, como el Corán, no contienen la totalidad de la Verdad de Dios; es imposible que la contengan. Por lo tanto, esta cualidad implica que nos resulta imposible albergar una cantidad infinita de Verdad Divina dentro de un sistema finito. Nosotros, como seres humanos, creamos sistemas finitos: cuando escribimos un libro, este tiene un principio y un fin ─puede que contenga miles de páginas entre medias─, pero, tarde o temprano, se vuelve demasiado extenso como para poder manejarlo; así que damos por concluido el libro, obteniendo finalmente un sistema finito.

Sin embargo, la Verdad de Dios es infinita; por consiguiente, no existe forma lógica de que una verdad infinita quepa en un sistema finito. De hecho, la única manera en que la verdad puede integrarse en nosotros es mediante el crecimiento de nuestra alma hacia lo infinito. Y la única forma en que nuestra alma puede crecer hacia lo infinito es a través de la absorción del Amor Divino, lo cual permite que nuestra alma se expanda infinitamente, más allá de su capacidad original. Y eso permite, a su vez, que esa alma en particular ─que ha elegido crecer mediante el Amor Divino─ comience a absorber cada vez más de la verdad infinita.

Así pues, en última instancia, el único libro o "palabra de Dios" que existirá en el planeta será la palabra escrita en aquellas personas que han recibido el Amor Divino hasta el punto de superar la capacidad humana habitual para absorberlo ─y esa es la única manera en que podemos convertirnos en la Palabra de Dios─.

María: Entonces, solo para aclarar: ¿dices que la Verdad de Dios es infinita por naturaleza y que, por tanto, nunca podría estar contenida en algo finito, como un libro? ¿Y dices también que nosotros mismos tenemos el potencial de crecer infinitamente?

Jesús: Hacia lo infinito. Por supuesto, nunca llegaremos a ser Dios, ya que Dios, por definición, probablemente también se esté expandiendo continuamente, aunque no lo sabemos con certeza ─porque es difícil para la creación comprender a su Creador hasta el más mínimo detalle─. Pero sí sabemos que, si recibimos el Amor Divino ─el cual proviene de la fuente infinita─, podemos superar nuestra capacidad humana original. Por lo tanto, mientras hagamos eso, tendremos la capacidad de recibir cada vez más Verdad Divina; tendremos la capacidad de comprenderla cada vez mejor. Pero nunca, jamás, llegaremos a conocerla por completo.

Esa es la naturaleza de la Verdad Divina: nunca podrás conocerla toda. Así que abandona la idea de intentar saberlo todo y, además, deja de escuchar a cualquiera que afirme saberlo todo, ¡porque no es así! (Risas)

María: Claro, excelente, gracias.

3. ¿Cómo se manifiesta en mi vida personal una comprensión, arraigada en el alma, de que la "Verdad Divina es infinita"?

María: Con respecto al primer punto: ¿cómo se manifiesta en mi vida personal una comprensión, arraigada en el alma, de que la Verdad Divina es infinita?

Jesús: Sí; estas son preguntas muy importantes, porque una cosa es decir: "Mira, la Verdad de Dios es infinita", y otra muy distinta es comprender cómo afecta, o qué efecto tiene eso en tu vida y en tu existencia cotidiana. En primer lugar, si realmente sintiera que la Verdad de Dios es infinita, jamás pensaría que un libro contiene toda la Verdad de Dios. Por tanto, nunca diría cosas como: "La Biblia es la única Palabra de Dios" o "el Corán es la única Palabra de Dios". No diría tales cosas si realmente comprendiera, en lo profundo de mi alma, que la Verdad de Dios es infinita.

3.1. No esperar ─ni de nosotros mismos ni de los demás─ que lo sepamos todo

Jesús: En segundo lugar, no sentiría esa frustración constante por no saberlo todo.

María: Y, de hecho, ni siquiera llegaría a pensar que puedo llegar a saberlo todo, ¿verdad?

Jesús: Exacto. Es más, ni siquiera esperaría de mí mismo que lo supiera todo. Sentiría cierto amor hacia mí mismo, reconociendo que soy un ser finito, creado por Dios con capacidad para el crecimiento ─un crecimiento que solo se logra al recibir el Amor de Dios─. Pero, al ser un ser finito, en cualquier momento dado mi comprensión de cualquier cosa es, necesariamente, limitada. Así que, en lugar de castigarme por ello, o bien, si estoy enfocado en los demás, en vez de culparlos por no saberlo todo, y en vez de desear que alguien lo sepa absolutamente todo, renunciaría a todas esas expectativas si realmente comprendiera esto en mi alma.

María: Pues sabría que eso ni siquiera es posible.

Jesús: Sabría que no es posible. ¿Qué sentido tiene culpar a alguien por no saberlo todo? ¿Y qué sentido tiene sentir que deberías saberlo todo? No tienes por qué saberlo todo; no eres Dios y nunca llegarás a saberlo todo. A medida que desarrolles tu relación con Dios, te acercarás a un mayor conocimiento; pero si estás verdaderamente conectado con la naturaleza de la verdad ─es decir, con el hecho de que la Verdad de Dios es infinita─, sabrás con certeza que no es necesario que lo sepas todo, y también que nunca llegarás a saberlo todo. No existe ningún libro que lo contenga todo, ni persona alguna que lo sepa todo; nadie a quien conozcas ahora o en el futuro lo sabrá todo, por lo que no deberías esperar que así sea. No proyectarías ira ni rabia hacia los demás por el simple hecho de que desconozcan algo, ni sentirías frustración ante ellos por no poseer un conocimiento absoluto. Verías la vida como una experiencia de aprendizaje; te sentirías más tranquilo ante este proceso, pues no esperarías ─ni de ti mismo ni de los demás─ que lo supieran todo. Al comprender que la Verdad de Dios es infinita, y al albergar esta verdad en tu alma, dejas de esperar que quienes te rodean actúen en contra de ella. Sabes que todos a tu alrededor terminarán teniendo que ajustarse a esa única verdad; por eso, es una verdad muy valiosa de conocer.

3.2. Relaciones interpersonales

Jesús: También te aporta tranquilidad en tus relaciones interpersonales ─si realmente lo sientes en tu corazón─, ya que, si alguien tiene una opinión distinta a la tuya, no respondes automáticamente: "Bueno, como la Biblia dice esto, entonces estás equivocado". Cuando llevas esta convicción en el corazón, no dices cosas así; más bien piensas: "Está bien, yo no lo sé todo, y la persona con la que hablo tampoco. Solo Dios lo sabe todo. Por lo tanto, tal vez deba escuchar un poco para determinar si se trata de algo que sé con certeza que es falso o verdadero ─basándome en la experiencia, en pruebas científicas o matemáticas, o en la experiencia de vida─, o bien, si, al final, resulta ser cierto. Quizás contenga algo de verdad, o tal vez no contenga ninguna; puede que simplemente sea una opinión personal". En cualquier caso, no adoptarías una postura dogmática sobre tales cuestiones a menos que tuvieras la certeza absoluta ─una certeza que solo puede provenir de las pruebas de las que dispones personalmente, y no de las supuestas pruebas que aparecen en un libro─.

Un libro no contiene "pruebas" en sí; no es más que el registro de lo que escribieron ciertos individuos y, como no abarca la totalidad de la información, tampoco contiene toda la verdad que podrías llegar a conocer. Por lo tanto, en tus relaciones interpersonales, si comprendes el principio de que la Verdad Divina es infinita, no intentarías obligar a todos a saberlo todo, ni tratarías de imponer tu opinión a los demás. Esto se debe a que tendrías la percepción subyacente de que, tal vez, tu opinión deba cambiar en el futuro; y ─si observas lo que ha ocurrido a lo largo de la historia, donde hemos impuesto nuestras ideas mediante la violencia─ entenderías que no deberías actuar así. Al saber que la Verdad de Dios es infinita y que tú no la posees necesariamente en su totalidad, ¿por qué habrías de imponérsela a otra persona, cuando existe la posibilidad de que estés equivocado? No lo harías; simplemente la expondrías y dejarías que cada cual saque sus propias conclusiones.

3.3. Crecer hacia Dios en el amor

María: Bien. Has mencionado un par de veces algo muy acertado: la importancia de estar tranquilos respecto a nuestro propio progreso. ¿Podríamos decir, entonces, que esa tranquilidad proviene de aceptar que estamos en un proceso de progreso eterno, y que siempre seguiremos creciendo, descubriendo nuevas verdades y encontrando cosas nuevas?

Jesús: Y volviéndonos más amorosos. Si la Verdad de Dios es infinita, resulta lógico pensar que el Amor de Dios también lo es. Y si tanto el Amor como la Verdad de Dios son infinitos ─y dado que yo puedo recibir el amor, así como la verdad─, esto significa que, si elijo seguir el camino de Dios, iré asimilando cada vez más de esa Verdad infinita y recibiendo cada vez más de ese Amor infinito. Sin embargo, nunca podré afirmar que lo sé todo; jamás podré decir que soy tan amoroso como Dios. Nunca.

María: Entonces, ¿es posible perfeccionar nuestro amor sin conocer la totalidad de la verdad?

Jesús: Desde luego; puedes perfeccionar tu amor ─según la perspectiva de Dios─, y al mismo tiempo seguir recibiendo, cada vez más, una mayor cantidad de amor. Muchas personas en esta Tierra tienen una idea de la perfección según la cual, al ser perfecto, uno lo sabe todo, ama con plenitud y lo comprende todo; pero esta no es la perfección desde la perspectiva de Dios.

La perfección, desde la perspectiva de Dios, consiste en comprender que eres un estudiante de Dios, un hijo de Dios, que crece continuamente hacia Él, hasta llegar a un punto en el que esa comprensión está tan integrada en tu ser que te encuentras en unidad con Dios en tu forma de crecer y en tu manera de amar. Así, tu forma de amar es igual a la de Dios, aunque con una capacidad menor; en otras palabras, Dios posee una capacidad infinita para amar, mientras que tú ─incluso estando en unidad con Dios─ tendrás una capacidad finita, pero tu manera de amar estará perfeccionada.

María: Es decir, en armonía con la forma en que Dios ama.

Jesús: Estará en armonía con la forma en que Dios ama, pero no al mismo nivel, ya que el amor de Dios es infinito; y, como seres finitos, nosotros no somos capaces de expresar el amor o la verdad de manera infinita.

Así pues, en última instancia todo se reduce a esta cualidad de la Verdad Divina, que es infinita, y que nos revela muchísimas cosas. La razón por la que la hemos mencionado en primer lugar es porque, en realidad, debería llevarnos a hacer una pausa ─de muchas maneras─ antes de empezar a atacar a otros, culparlos, maltratarlos o ejercer violencia contra ellos. Todas esas conductas cesarían si supiéramos que la Verdad de Dios es infinita y que nosotros somos, simplemente, un proyecto en constante desarrollo.

3.4. Crecer hacia Dios en la verdad

María: Entonces, ¿quieres decir que nunca podremos llegar a saber nada con total certeza?

Jesús: No, no digo eso. Llegaremos a conocer muchas cosas con certeza, pero no podremos conocerlo todo con certeza, porque solo Dios conoce todo con absoluta certeza. Sin embargo, a medida que avanzamos hacia Dios, vamos adquiriendo parte de la verdad; y esa verdad, cuando llega a nosotros, es una certeza, es algo seguro, es un hecho, es absoluta. Pero no la conocemos en su totalidad; no sabemos todo lo que llegaremos a aprender en el futuro; solo conocemos la verdad hasta el punto en el que nos encontramos. Y esto forma parte de la naturaleza de la Verdad Divina.

María: Entiendo. ¿Podríamos hablar, entonces, de cómo actuaremos una vez que alcancemos esta comprensión ─a nivel del alma─ de que la Verdad Divina es infinita? He anotado aquí lo siguiente: "No te resistirás a nuevas experiencias emocionales, ni a que la Ley de Atracción saque a la luz los errores que llevas dentro ─o, en mi caso, yo no lo haré─".

Jesús: Exacto. Al comprender que la Verdad de Dios es infinita, entendemos también que somos un proyecto en constante desarrollo; y esto se aplica tanto en lo emocional como en relación a nuestro carácter. Ahora bien, para que nuestro carácter cambie y se asemeje más al de Dios, debemos liberarnos de los errores. Y esa liberación solo es posible si entendemos cómo funciona el alma humana ─un tema que abordaremos en otra sección de preguntas frecuentes─. Entendemos que la única manera de liberarnos del error no es intentando superarlo mediante la verdad intelectual, sino liberando las emociones que bloquean la asimilación de la verdad.

Si comprendiéramos que la Verdad de Dios es infinita, no evitaríamos ese proceso. Pensaríamos: "Muy bien, si la Verdad de Dios es infinita, tengo por delante una vida de crecimiento infinito. Y esto implica un cambio infinito. Significa que, en algún momento, tendré que dejar atrás aquellos sentimientos que no están en armonía con la Verdad y el Amor de Dios. En algún momento tendré que experimentarlos para poder liberarlos; por lo tanto, si entiendo esto a fondo, no evitaré la experiencia, sino que la disfrutaré, pues sé que cada vez que experimento algo, estoy liberando alguna cosa y, en consecuencia, acercándome más a la Verdad de Dios respecto a ese asunto en particular".

María: Creo que es un estado maravilloso al que podemos llegar, en el que nos damos cuenta de que "¡vaya!, esto es un proceso infinito; si soy capaz de acoger lo que llega a mi vida, seguiré creciendo eternamente". Veo a muchas personas que quizás tienen una meta en mente… como querer librarse de algo concreto o mejorar en algún aspecto determinado.

Jesús: Bueno, no solo es que se hayan vuelto personas orientadas a metas debido a que creen que la Verdad de Dios es finita; piensan que, al alcanzar la unidad con Dios, lo sabrán todo, lo cual no es cierto. En realidad, uno puede estar en unidad con Dios y, aun así, no saber casi nada. Sabrás cómo amar y poseerás mucho conocimiento, pero, en comparación con todo lo que Dios sabe, tu conocimiento será prácticamente nulo. Además, actúan así porque desean que exista una meta final; quieren poder "dormirse en los laureles", como suele decirse, pensando: "Ya he logrado esto". También existe mucha competencia en la raza humana ─ese deseo de llegar antes que los demás y todas esas emociones similares─; en realidad, ninguna de estas emociones existiría si comprendiéramos, a nivel del alma, que la Verdad de Dios es infinita.

María: No pensaríamos: "Bueno, cuando llegue a este punto, seré feliz y habré terminado". Más bien, sentiríamos: "Vale, entonces seré más feliz, pero habrá aún más felicidad, más amor y más verdad a mi alcance, porque Dios me ha creado así". Y es precisamente aquí donde percibo la posibilidad de relajarse en este proceso, en vez de sentirse presionado o impulsado por una necesidad constante de avanzar.

Jesús: Percibo que también existe una diferencia entre estar motivado y sentirse presionado. Tener un deseo intenso de acercarse más a Dios, de ser más amoroso y de actuar en armonía con las leyes del Universo son deseos hermosos; personalmente, me siento muy motivado a alcanzarlos, pero no me siento presionado por nadie para lograrlo. Es cierto que muchas personas intentan presionarme para que los alcance, pero, desde la perspectiva de Dios, no siento esa presión. Sé que Dios siempre está ahí, ayudándome a acercarme a Él, a ser más feliz, a ser más amoroso y a asimilar más verdad, siempre y cuando yo esté abierto a este proceso infinito: el proceso de permitirme cambiar.

Lo que observo en muchas personas ─que no comprenden que la Verdad de Dios es infinita─ es que intentan convertirse en el tipo de persona que imaginan que Dios desea que sean. Sin embargo, como Dios quiere que crezcas infinitamente, nunca llegarás a ser, en un sentido absoluto, "la persona" que Dios espera que seas; porque Dios desea que sigas creciendo sin fin, recibiendo cada vez más amor y más verdad, una y otra vez. Esto implica que mañana serás diferente a como eres hoy, y debes estar preparado para ello. Es más, debes desearlo ─si es que realmente quieres avanzar hacia Dios─; y si comprendieras esta cualidad del alma, reconocerías esto.

3.5. Aceptar el cambio

María: Hermoso. Bien, ¿qué hay de la idea de no evitar el proceso de confrontación emocional?

Jesús: Así es. Si la Verdad de Dios es infinita y, por lo tanto, debo cambiar de manera infinita para crecer hacia Dios, esto significa que hay algo en mi interior que tendrá que expandirse. Tendré que expandirme y salir de mi posición actual. A menudo, aquí en la Tierra, nos sentimos bastante seguros en nuestra situación presente, debido a muchas razones basadas en el miedo. Por eso nos resistimos al cambio, y, de hecho, nos encanta resistirnos al cambio, incluso cuando este es positivo.

Ahora bien, una persona que comprende que la Verdad de Dios es infinita jamás se resistiría al cambio; al contrario, siempre desearía estar cambiando, siempre querría seguir creciendo; es algo que buscaría activamente. No diría simplemente: "No quiero hacer eso, porque, bueno, ya estoy bien donde estoy". Nadie actuaría así si realmente comprendiera esta cualidad en su propia alma. Sin embargo, vemos a muchas personas que escuchan la Verdad Divina y, aun así, actúan de esa manera; esto significa que dicha cualidad ─o, mejor dicho, la comprensión de esta cualidad─ aún no ha calado en su alma; para ellas, sigue siendo solo un concepto intelectual.

María: A menudo vemos personas que modifican su vida para evitar verse confrontados

emocionalmente, o para evitar las emociones en general. Crean un estilo de vida en el que no tienen que enfrentarse al miedo, a la ira, o a cualquier otra cosa que ya habite en su interior. Creo que uno de los aspectos más hermosos de este conocimiento del alma es que una deja de sentirse así, porque comprende: "Bueno, esto está dentro de mí y me encuentro inmersa en un proceso infinito; puedo abordarlo ahora, o más tarde; pero en algún momento tendrá que suceder".

Jesús: Si deseo acercame más a Dios, ser más feliz, amar más y conocer más cosas, tarde o temprano tendré que involucrarme en este proceso. Claro que muchas personas podrían decir: "Bueno, no sé si realmente quiero ser más amoroso, no sé si quiero poseer más verdad, ni sé si quiero llegar a ser una persona más llena de amor". Bueno, eso está bien; Dios también está bien con eso. Sin embargo, todas las leyes de Dios actuarán para confrontar ese estado de estancamiento, por lo que no disfrutarás de una vida feliz si eliges ese camino. Al optar por evitar las cosas, terminarás atrayendo diversas situaciones negativas.

Por eso sugiero a la gente que es mucho mejor comprender que la Verdad de Dios es infinita, disfrutar del camino y cultivar un deseo intenso de aprender cada día un poco más sobre ella. De hecho, me pregunto: ¿por qué no convertir esto en tu máxima prioridad diaria? Si te hace más feliz, más amoroso, te acerca a Dios, a ti mismo y a tu alma gemela, y te permite vivir una vida mucho más plena y alegre, ¿por qué habrías de evitarlo? La única razón por la que alguien evitaría algo así es porque no se ama lo suficiente a sí mismo.

3.6. Seguir los deseos

María: Por supuesto. Bien, otra cuestión: si lo comprendiéramos bien, seguiríamos nuestros deseos sin permitir que el miedo a las posibles consecuencias nos limitara.

Jesús: Sí. Uno de los problemas que observamos con bastante frecuencia es que las personas desean constantemente que la verdad sea algo fijo. La razón por la que quieren que la verdad sea fija es que piensan que, si pueden alinear su deseo con una verdad inmutable, solo necesitan alcanzarla para luego poder relajarse y que todo esté bien a partir de ese momento.

Una persona que comprende verdaderamente, en lo profundo de su alma, que la Verdad de Dios es infinita, entiende que sus propios deseos también podrían crecer de forma infinita. Por lo tanto, no tendría miedo de expresar sus deseos ─incluso si estos no están en armonía con la verdad─, porque sabe que la Verdad de Dios se encargará de corregirlos. La persona sabe, por experiencia, que la verdad siempre llegará a ella, y que recibirá una corrección si actúa basándose en deseos inapropiados o que no están en armonía con el amor. Así, no se quedaría de brazos cruzados, usando como excusa: "No hago nada porque podría sufrir al hacerlo".

María: Sí. "Podría llegar a sentir dolor personalmente".

Jesús: "Podría llegar a sufrir, podría llegar a experimentar dolor", pues comprende que, en realidad, cada vez que siente dolor, es debido simplemente a que aún no ha asimilado una verdad; y, dado que la Verdad de Dios es infinita, todavía hay mucha verdad por asimilar.

3.7. El dolor surge de una falta de amor, más que de una falta de verdad

Jesús: Esto significa que, al principio, habrá algo de dolor; pero, una vez que alcance la unidad con Dios en el amor, el dolor desaparecerá, por supuesto. Por tanto, el dolor es únicamente el resultado de un error que existe en mi interior ─un error de naturaleza emocional─; esa es la única razón por la que el dolor existe. Y si comprendo que la Verdad de Dios es infinita ─al igual que otras de Sus

cualidades—, entenderé que el dolor solo estará presente mientras me encuentre en desarmonía con ese amor que proviene de Dios; y no en desarmonía con la verdad, pues incluso cuando alcance la unidad con Dios, seguiré estando en desarmonía con la totalidad de la Verdad de Dios. Por tanto, todo se reduce al amor —o a la falta de él— como causa del dolor.

María: Entonces, básicamente, cuando poseemos esta cualidad centrada en el alma, estamos trazando un panorama de una vida en la que aceptamos el cambio. No intentamos diseñar nuestro estilo de vida para que sea cómodo; más bien decimos: "Muy bien, estoy inmersa en un proceso infinito; en realidad, no tiene punto final, así que voy a afrontar cada situación y permitir que surja la confrontación". Así, entiendo que esto es algo que debe suceder continuamente, a medida que la verdad confronta el error que hay en mi interior.

Jesús: Y recuerda que esto solo ocurre hasta que alcanzamos la unidad con el amor. Es el amor —o la falta de él— lo que provoca nuestro dolor, no la falta de verdad; considero que esto es algo muy importante que la gente debe comprender. Es la ausencia de amor —o haber experimentado esa carencia en el pasado— lo que causa nuestro sufrimiento. No es la falta de verdad en nuestra vida lo que genera dolor, ya que, en cualquier momento, el dolor surge únicamente por no experimentar el amor. Podrías estar en total desarmonía con la verdad, pero si te encuentras en un entorno lleno de amor y tú mismo estás en armonía con el amor, entonces todo sería felicidad; no sentirías dolor alguno.

María: ¿Cómo puedo estar en armonía con el amor si no poseo la verdad?

Jesús: Bueno, con el tiempo, obviamente también tendrás que ponerte en armonía con la verdad; esa es otra cualidad. Ten en cuenta que todas estas cualidades no son excluyentes entre sí. Lo que estamos haciendo aquí es analizar una faceta de una cualidad; y lo que quiero decir con este aspecto de dicha cualidad es que se nos permite estar en desarmonía con la verdad, siempre y cuando actuemos con amor. Las leyes de Dios funcionan todas de esta manera: nos permiten estar en desarmonía con la verdad.

Por tanto, podemos alcanzar la unidad con Dios en el amor y, aun así, permanecer en desarmonía con la verdad —o mejor dicho, con muchas de las verdades del Universo—. De hecho, es posible estar en desarmonía con una gran variedad de verdades universales; no con todas, claro está, ya que para lograr la unidad con Dios en el amor, habremos tenido que armonizarnos previamente con aquellas verdades necesarias para alcanzar dicho estado.

Es preciso, pues, establecer una distinción: si bien necesitamos la verdad para llegar a ser más amorosos, llega un momento —una vez alcanzada la unidad con Dios en el amor y tras haber asimilado las verdades que nos permitieron llegar hasta ahí— en el que el dolor desaparece. Y esto es así a pesar de que, a partir de ese punto, sigamos estando en desarmonía con la totalidad (o con la mayor parte) de la verdad universal, la cual es, por naturaleza, infinita. En resumen: Dios permite que estemos en desarmonía con la verdad, pero las leyes universales no permiten que estemos en desarmonía con el amor; es fundamental hacer esta distinción.

María: Claro. Y también planteas que la verdad, al exponer el error, genera dolor; esto ocurre porque revela que, en realidad, no nos encontrábamos en una situación donde el amor estuviera presente.

Jesús: Exacto. En esencia, lo que digo es que no es la verdad la que genera el dolor, sino el error que albergábamos —aquel que tomábamos por verdadero—; es el hecho de que ese error quede al descubierto lo que provoca el dolor. Por consiguiente, el dolor surge, en realidad, de una postura basada en el error, no de una postura basada en la verdad; y dicha postura errónea tuvo su origen en un acontecimiento carente de amor. En otras palabras, podemos albergar un error en nuestro interior que

no haya sido causado por ningún evento carente de amor ─un error que se trate simplemente de algo que pensamos─; pues bien, no sentiremos dolor al deshacernos de ese error, una vez que veamos la verdad. Los únicos errores cuya eliminación conlleva dolor son aquellos que llevan asociada una firma emocional vinculada a la falta de amor. Son estos los que provocan sufrimiento. Por lo tanto, debemos comprender que el dolor puede ser un proceso, pero es un proceso finito que termina cuando alcanzamos la unidad con Dios en el amor. A partir de ese momento, al estar en unidad con Dios en el amor, ya no queda en nosotros ningún error ─desde la perspectiva de la verdad─ cuya liberación resulte dolorosa, precisamente porque estamos en unidad en el amor.

4. La Verdad Divina es, en sí misma, algo independiente que no admite variaciones ni modificaciones

María: Bien, pasemos a la segunda cualidad. ¿A qué te refieres cuando dices que la Verdad Divina es, en sí misma, algo independiente que no admite variaciones ni modificaciones?

Jesús: Así es; este es un aspecto fundamental de la Verdad Divina y una de sus cualidades: no permite que las personas la modifiquen o la alteren; existe, independientemente de si somos conscientes de ello o no.

Permíteme poner un ejemplo: la Ley de la Gravitación ya existía antes de que la humanidad la descubriera, y siguió existiendo después de dicho descubrimiento. La humanidad llegó a conocerla mediante un proceso gradual ─especialmente en los últimos cuatrocientos o quinientos años─, a través de la experimentación. Gracias al uso de diversos instrumentos de medición, fuimos capaces de cuantificarla, incluso desde una perspectiva matemática; sin embargo, una vez descubierta, la ley no cambió: permaneció inalterable, siendo exactamente la misma ley que rige su funcionamiento.

Esta es, pues, una de las cualidades de la Verdad Divina: el hecho de que aún no hayamos descubierto algo no significa que la verdad no exista. Existe, aunque tal vez solo Dios la conozca; por lo tanto, no podemos pretender tener nuestras propias opiniones al respecto. Tarde o temprano, nuestras opiniones tendrán que cambiar para ajustarse a lo que sea la Verdad de Dios sobre aquello que intentamos descubrir.

Por ejemplo, la humanidad elabora todo tipo de teorías sobre las causas del cáncer, pero Dios conoce la verdad absoluta al respecto. Tarde o temprano, todos nosotros en la Tierra tendremos que aceptar la Verdad de Dios sobre las causas del cáncer, en vez de aferrarnos a nuestras propias teorías.

María: Tal como Dios ha diseñado el Universo, no podremos erradicar el cáncer a menos que abordemos sus causas.

Jesús: Exacto; hasta que no descubramos la Verdad de Dios, no podremos erradicarlo. Esto es lo que me parece sumamente interesante de esta cualidad: mientras no descubramos la Verdad de Dios sobre cualquier tema, no seremos capaces de comprender plenamente lo que realmente sucede en relación con dicho tema. Este es un aspecto fundamental de la Verdad Divina: no se ajusta a la percepción, a la opinión ni a la realidad humanas. Es la realidad desde la perspectiva de Dios. Los seres humanos, por supuesto, pueden crear sus propias realidades y sus propias ideas; pero el hecho de que todo el mundo en el planeta esté de acuerdo en algo no significa que sea verdad desde la perspectiva de Dios.

María: Entonces, si comparamos esto con nuestra verdad personal…

Jesús: Como vimos en nuestra primera sesión, en lo que respecta a la verdad personal, podemos tener tantas opiniones como queramos sin mayores consecuencias. Somos libres de adoptar cualquier opinión que nos haga sentir bien. Pero ese no es el caso con la Verdad de Dios.

María: Por lo tanto, nuestra verdad personal es cambiante, mientras que la Verdad de Dios es inmutable.

Jesús: Inmutable. Y lo es tanto si la hemos descubierto como si no; de hecho, para Dios es irrelevante si la hemos descubierto o no.

María: Ya sea que seamos conscientes de ella, que la conozcamos o que apenas tengamos una vaga noción de su existencia… nada de eso importa.

Jesús: Sigue siendo la misma verdad; sigue existiendo. Es, sencillamente, la misma verdad. Existe, independientemente de si la ciencia la ha descubierto o de si las matemáticas la comprenden. Sigue siendo algo matemático y científico; solo sucede que quizás aún no hayamos descubierto la ciencia o las matemáticas que podrían explicarlo. Pero, al final, lo haremos: descubriremos todas las verdades que existen, en particular aquellas relacionadas con el universo físico y los universos espirituales. Todas serán descubiertas, tarde o temprano, a través de un proceso; pero este proceso no consistirá en negociar con Dios diciendo: "Creo que esta es mi idea". (Risas). Al final, la postura será: "Está bien, renuncio a mi idea y acepto que esta es la verdad".

Es interesante observar cómo la gente hace esto con frecuencia en el plano físico. Cuando se trata de descubrir una verdad física, estamos dispuestos a abandonar la idea de que nuestra opinión es realmente importante; sin embargo, resulta curioso que, al tratar sobre verdades emocionales, espirituales o de otro tipo ─que, en última instancia, forman parte de las Verdades de Dios─, no logramos aceptar que nuestra opinión personal carece de relevancia. De hecho, solemos aferrarnos a nuestra opinión personal con todas nuestras fuerzas, y ese es un problema fundamental respecto a este hecho en particular. Al actuar así, no comprendemos en absoluto que la Verdad de Dios no admite variaciones ni modificaciones; hagamos lo que hagamos, no podemos cambiarla. Solo tenemos la capacidad de descubrirla o no; esa es nuestra elección.

María: Y, en este sentido, también está presente la idea ─o mejor dicho, la verdad─ de que esto ya existía; es decir, lo que planteas es que la Verdad no se "actualiza". Existía antes de que la conociéramos y seguirá existiendo después de que la hayamos conocido.

Jesús: No cambia por el hecho de que la hayamos descubierto; ya existía incluso antes de nuestro descubrimiento.

María: Esto es algo realmente hermoso acerca de la Verdad de Dios, ¿verdad?

Jesús: Así es. Y algo hermoso en ello es que significa que Dios no está cambiando el universo constantemente, ni alterando toda la verdad a diario, lo cual nos dejaría en una confusión total. Cuando ciertas cosas se abordan de una manera determinada, siempre obtenemos los mismos resultados. Eso es lo maravilloso de este aspecto inmutable de la Verdad de Dios: cuando se actúa en contra de la Verdad de Dios, se obtiene un resultado específico; cuando se pone en práctica, se obtiene un resultado distinto. Y esto es siempre coherente. Es como la ley de la gravedad: funciona de manera constante; y a menos que descubramos una ley superior capaz de superarla ─como la ley de la aerodinámica─, la ley de la gravedad seguirá actuando siempre de la misma forma. Podemos enviar personas a la Luna precisamente porque comprendemos esa ley, ya que su funcionamiento es constante.

Eso es lo encantador de la Verdad de Dios; es muy distinta a la forma de actuar de un padre humano, ¿verdad? Un padre humano puede decir una cosa un día y otra distinta al día siguiente, dependiendo de las circunstancias o la situación. De hecho, esta es una de las razones por las que a la

mayoría de la gente le cuesta entender que las Verdades de Dios son fijas e inmutables. Suelen imaginar a Dios como a un padre humano, pensando que podría cambiar de opinión mañana, pero nada más lejos de la realidad. La Verdad es, y será siempre, fija e inmutable; y esto es, en esencia, un acto de amor, ya que nos permite descubrirla. Y una vez que la descubrimos, la conocemos con certeza; esa es una faceta hermosa de esta cualidad fija e inmutable de la Verdad de Dios.

Así pues, esta segunda cualidad es también una muy importante de comprender, desde una perspectiva centrada en el alma.

5. ¿Cómo se manifiesta en mi vida personal la comprensión ─desde el alma─ de que "la Verdad Divina es, en sí misma, algo independiente que no admite variaciones ni modificaciones"?

María: Excelente. Con respecto a la segunda cualidad, ¿cómo se manifiesta en mi vida personal una comprensión ─desde el alma─ de que la Verdad Divina es, en sí misma, algo independiente que no admite variaciones ni modificaciones?

Jesús: Bueno, creo que hay muchas maneras en las que esto afectaría nuestra vida personal si realmente creyéramos en esta cualidad en particular y la comprendiéramos en nuestro corazón. La clave está en comprenderlo en el corazón, no en la mente. Si lo comprendiéramos a nivel de nuestros sentimientos, en primer lugar, no intentaríamos negociar con Dios sobre la verdad; entenderíamos que las Verdades de Dios son inmutables. No importa cuánto tiempo haya pasado ni cuánto tiempo quede en el futuro: seguirán siendo inmutables. No hay nada que podamos hacer para cambiarlas; solo tenemos una opción: descubrirlas o no descubrirlas. Esa es nuestra única elección. No existe una tercera opción ─la de cambiarlas─; esa posibilidad simplemente no existe. Siento que a menudo la humanidad desea precisamente esa tercera opción: queremos alterar lo que sucede a nivel universal, en vez de descubrir qué es lo que ocurre universalmente y por qué.

María: Puedo ver esto tanto a nivel macro como micro. A escala global, existe un consenso ─o algo parecido─ en el que nos gustaría seguir extrayendo todos los recursos naturales de la Tierra y contaminándola, mientras creemos que, aun así, la Tierra estará bien.

Jesús: Todo estará bien.

María: Pero la Verdad de Dios nos dice: "No; están causando daños y esto conlleva consecuencias". Y eso es algo inevitable. Incluso si existe un consenso en el planeta sobre algo, si la Verdad de Dios es distinta, entonces…

Jesús: Terminaremos creando un desastre, porque no podemos evitarlo. Las Leyes de Dios buscan corregir esa perspectiva.

María: Y a un nivel micro, por así decirlo ─en la vida privada de una persona─, observo que a muchos de nosotros nos sucede algo: puede haber un hecho de nuestro pasado que no hemos afrontado; quizás dañamos a alguien o hicimos algo que sabemos ─que incluso nosotros sabemos─ que no es moralmente correcto, y, aun así, muchos intentamos buscar excusas y posponemos el abordar ese asunto durante años, décadas incluso. Pero la Verdad de Dios es que eso ocurrió, y no podemos cambiarlo.

Jesús: Solo existen unas pocas formas de hacer que eso desaparezca ─y, de hecho, estas también implican la intervención de diversas Leyes de Dios─; por lo tanto, no puedes lograr que algo desaparezca simplemente deseando que así sea. Eso no funciona; nunca funciona para nadie que lo

intente. Todo esto forma parte de comprender que la Verdad de Dios es inmutable: puedes ajustarte a ella y comprenderla, o bien no descubrirla ni ajustarte a ella; es tu elección. Pero, a fin de cuentas, si no te ajustas a ella ─ya sea por desconocimiento o por otra razón─, habrá menos felicidad en tu vida; en cambio, si te ajustas a ella por propia voluntad, habrá más felicidad. Este es un resultado fijo e inmutable, derivado del hecho de que la Verdad de Dios es, en sí misma, fija e inmutable.

5.1. No percibir las Leyes de Dios como severas e inflexibles

María: Bien, hay otros puntos que has enumerado aquí. Cuando alcanzamos una comprensión profunda ─a nivel del alma─ de esta verdad, dejamos de quejarnos de que las Leyes de Dios sean severas o inflexibles.

Jesús: Así es. Supongo que muchas personas en la Tierra creen que, si una ley es fija e inmutable, eso implica una ausencia de compasión. La razón es que la mayoría de la gente desea negociar con la ley. Imagina que vas conduciendo y superas el límite de velocidad; si en esa autopista o carretera el límite legal es de ciento diez kilómetros por hora, pero tú circulas a ciento treinta, es posible que te detenga alguien encargado de hacer cumplir la ley. Quizás intentes negociar con esa persona ─diciendo que tenías prisa, o poniendo cualquier otra excusa─, y luego, al llegar ante un tribunal, quizá intentes hacer lo mismo.

A menudo no comprendemos que, si bien a veces podemos negociar para eludir las consecuencias de las leyes humanas, jamás podremos negociar para evitar las consecuencias de la Ley de Dios. Y, en realidad, ¡esto es una muestra de amor! Es un acto de amor, porque significa que la ley se aplica de manera coherente a todas las personas, sin tener en cuenta su origen, estado civil, orientación sexual, trasfondo cultural, género ni ningún otro factor. La ley es inmutable y se aplica siempre de la misma forma; estés o no de acuerdo con ella, permanecerá fija y se aplicará constantemente en cada caso.

María: Y Dios ha establecido esto para enseñarnos a amar, para instruirnos sobre el amor.

Jesús: Así es; nos enseña sobre el amor de muchas maneras. El amor implica que no desearía que tú tuvieras un resultado distinto al mío; el amor no trata a dos personas de forma diferente. Si amas de verdad, no consideras que una persona sea más o menos importante que otra; reconoces que ambas son iguales ante los ojos de Dios y que deben ser tratadas como iguales ante los tuyos. Estas son cualidades que se revelan a través de leyes que no pueden ser modificadas.

Por tanto, es fundamental comprender esto: la importancia del hecho de que Dios haya proporcionado una verdad coherente y leyes constantes. Dios es un progenitor coherente; no es alguien que modifique las cosas basándose en opiniones o sentimientos personales. De hecho, los sentimientos personales de Dios son constantes ─a diferencia de los sentimientos de la mayoría de las personas en la Tierra y, en particular, de los sentimientos que muchos padres terrenales tienen hacia sus hijos─. Las leyes, la estructura y la verdad de Dios son siempre coherentes.

María: Supongo que a eso es a lo que te refieres realmente cuando hablas de tener una comprensión ─basada en el alma─ de cada una de estas cualidades, ¿verdad? Es decir, que cuando las comprendemos desde el alma, somos capaces de reconocer la función y el amor que residen en cada una de estas verdades.

Jesús: También aplicamos esto a nuestra práctica personal en la vida cotidiana. En otras palabras, cuando interactuamos con otras personas, no establecemos acuerdos con ellas con la intención de retractarnos después o de buscar una forma de eludirlos. Si hemos llegado a un acuerdo con alguien

─un acuerdo que ha sido formulado y consolidado─, entonces, incluso si cumplirlo resulta doloroso, deberías llevarlo a cabo, ya que es necesario honrar este aspecto constante de la Ley de Dios. La única situación en la que no podrías hacerlo es si te resultara físicamente imposible. Es decir, no intentarías negociar para librarte del compromiso, ni recurrirías a los tribunales para anularlo; tu intención sería cumplirlo, y solo dejarías de hacerlo si fuera físicamente imposible, o bien si la otra persona, mostrando benevolencia, decidiera decirte: "Bueno, te daré un respiro". Solo actuarías bajo esas circunstancias ─cuando el amor está presente─, reconociendo que esta verdad es, en sí misma, un componente del amor. Por lo tanto, existen muchas maneras en las que esta cualidad en particular ─la segunda─ puede influir en tu vida diaria.

5.2. El desconocimiento de la verdad genera peligro y dolor

María: Muy bien, solo dos puntos finales por aclarar: has planteado dos afirmaciones aquí y me gustaría preguntarte cómo se relacionan con esta cualidad. Dices que, cuando comprendemos ─desde el alma─ que la Verdad Divina no admite variaciones ni modificaciones, entendemos que el dolor que experimentamos proviene de nuestros propios errores emocionales. Asimismo, percibimos que el Universo de Dios es amoroso y que el dolor es, en realidad, el resultado de una falta de armonía con esa verdad amorosa. ¿Te gustaría profundizar un poco más en esto?

Jesús: Ciertamente, creo que es algo que se explica por sí mismo; pero, dado que las Leyes de Dios son fijas y las Verdades de Dios son inmutables, tiene sentido que cada verdad o cada ley posea esta característica: si la infringimos, se produce un efecto determinado, mientras que, si vivimos en armonía con ella, el efecto es distinto.

Por tanto, al infringirla, el resultado es doloroso; al vivir en armonía con ella, el resultado es placentero. Esto también se aplica a quienes nos rodean: si alguien infringe una ley que me afecta, yo también sentiré dolor, al igual que esa persona. Esto debería ayudarte a comprender la importancia de cambiar y de no querer infringir la ley, ya que, al hacerlo, no solo te perjudicas a ti, sino también a mí. Si realmente comprendiera que las Leyes de Dios son fijas e inamovibles, no intentaría constantemente eludir las consecuencias de infringir la ley o la verdad; al contrario, buscaría descubrirla y conocerla. No trataría de evitarla mediante la ignorancia, pues sé que la ignorancia es peligrosa.

Si pensamos en la vida aquí en la Tierra, muchos creen que "la ignorancia es felicidad", pero, en realidad, en el Universo de Dios, la ignorancia es peligrosa. Por eso los niños a menudo se exponen a peligros: simplemente no saben. Su ignorancia hace que desconozcan ciertas cosas; por ello, como padres, es fundamental que les instruyamos al respecto. Por ejemplo, si un niño sube al tejado e intenta saltar, es posible que ─la primera vez que lo hace, si es que llega a intentarlo─ no sea consciente de lo peligroso que resulta. Existe el riesgo de impactar contra el suelo a gran velocidad, lo que podría provocar lesiones graves o incluso la muerte; ese es el peligro. La primera vez que hacen algo así ─incluso a una escala muy pequeña, como al caerse de un escalón─, se dan cuenta: "¡Vaya, me he caído! Es peligroso". Experimentan esa sensación porque las leyes de Dios son constantes; sabemos que esa sensación siempre estará presente. Así, desde la infancia, aprenden a través de esta experiencia que, cada vez que ignoran una ley, el peligro en su vida aumenta, no disminuye.

Lo que debemos comprender como adultos es que, siempre que ignoramos la Verdad de Dios ─y decidimos mantenernos en esa ignorancia─, dicha Verdad no cambia en absoluto; sigue funcionando exactamente igual que siempre. Esto significa que, si la ignoramos ─especialmente si lo hacemos de forma deliberada─, terminaremos enfrentándonos a mucho dolor y sufrimiento, pues estamos eligiendo vivir en una situación peligrosa.

Por otro lado, cuando uno llega a conocer las leyes de Dios, estas se perciben como algo verdaderamente hermoso; al comprenderlas, el peligro desaparece. Dado que las leyes de Dios son inmutables y constantes, descubrirlas aporta belleza y seguridad a nuestra vida. La mayoría de las

personas que habitan hoy en la Tierra tienen mucho miedo a la falta de seguridad. Pues bien, si deseas estar a salvo, conoce todas las Leyes de Dios; averigua tantas como puedas.

María: Porque son sumamente amorosas; de hecho, garantizan nuestra seguridad cuando las cumplimos.

Jesús: Exactamente. Así que empezamos a verlas, empezamos a percibir las Verdades de Dios. Recuerda que las leyes no son más que las Verdades de Dios; por ejemplo, la Ley de la Gravedad es simplemente la verdad sobre la gravedad, y la Ley de la Aerodinámica es la verdad sobre la aerodinámica. Si observamos las leyes espirituales, la Ley de la Atracción es la verdad sobre cómo nuestra alma atrae las cosas, y la Ley de Causa y Efecto es la verdad sobre la relación entre un suceso y el hecho de que este tuvo una causa. Existen todas estas leyes que, en realidad, no son más que verdades. Eso es todo lo que son: un marco dentro del cual nuestra alma puede existir.

Podemos optar por ignorarlas todas, si queremos, pero no admiten modificaciones; seguirán operando, tanto si decidimos ignorarlas como si decidimos descubrirlas. Desde una perspectiva personal ─y también desde una perspectiva global─, es mucho mejor descubrirlas que ignorarlas; por eso considero que es una cualidad tan importante de comprender.

María: Genial, gracias.

6. La Verdad Divina y el amor siempre están en perfecta armonía; sin la verdad, el amor no puede estar completo

María: Muy bien, tercera cualidad: ¿A qué te refieres cuando dices que la Verdad Divina y el amor siempre están en perfecta armonía y que, sin la verdad, el amor no puede estar completo?

Jesús: También se podría decir que, sin amor, la verdad tampoco puede estar completa. Pero hay algo respecto al amor y la verdad que debemos entender: la verdad respalda al amor; no lo desintegra ni lo degrada, sino que, de hecho, lo enriquece. Y si tenemos amor, si observamos las cosas desde la perspectiva del amor, siempre descubriremos más Verdad Divina ─más de la Verdad de Dios─, porque cada una de las Verdades de Dios lleva intrínseco el amor perfecto ─un amor perfeccionado reside en el interior de cada una de las Verdades de Dios─.

Entonces, si analizamos las verdades relativas a la gravedad, veremos que en ellas hay amor; existen múltiples razones para la existencia de la gravedad, las cuales, de hecho, propician el funcionamiento armonioso de nuestra propia vida y permiten la existencia de toda clase de organismos dentro del campo gravitatorio. En realidad, esto posibilita la existencia del amor. Un aspecto maravilloso de la Verdad de Dios ─la Verdad Divina─ es que siempre se encuentra en perfecta armonía con el amor. Por consiguiente, todo lo que lleguemos a descubrir ─ya sea en el plano físico, emocional, espiritual o a nivel del alma─, todas estas leyes existentes (que además siguen una jerarquía) y que constituyen verdades, se encuentran enmarcadas por el amor. De hecho, si alguien en la Tierra plantea la idea o el concepto de que existe una ley que no está en armonía con el amor, podemos descartar tal posibilidad de inmediato; pues todas las Leyes Universales de Dios, todas las Verdades Universales de Dios, están en completa armonía con el amor mismo. Comprender esta relación entre el amor y la verdad es fundamental.

6.1. El Amor Divino no puede fluir hacia el alma humana si la verdad no está presente

María: Y el amor proveniente de Dios no puede fluir a menos que, en ese instante, la verdad esté presente.

Jesús: Sí, si observamos el crecimiento del alma humana ─lo cual considero un aspecto fundamental─, es decir, cómo funciona el alma humana, la realidad es que no podemos crecer hacia lo infinito sin recibir el Amor Divino. Sin embargo, la recepción del Amor Divino depende de nuestra disposición a aceptar la verdad sobre la forma en que este se recibe.

La mayoría de las personas no cree esto. Muchos piensan que el amor puede recibirse sin comprender nada más, pero, en realidad, eso no es así. El amor verdadero y puro depende de la apertura para recibir la verdad: la Verdad universal, la Verdad de Dios. Es precisamente esta apertura a la verdad lo que nos ayuda a comprender y, de hecho, a asimilar el amor. Si decidimos rechazar la verdad que el amor pone de manifiesto, no recibiremos más amor. Es imposible recibir más amor a menos que aceptemos la verdad que el amor ─ese que ya hemos recibido─ ha sacado a la luz.

Y creo que es por eso que la mayoría de las personas que experimentan un breve periodo en el que reciben Amor Divino, luego se detienen; esto sucede porque no están dispuestas a ser humildes ante el hecho de que aún no han asimilado la verdad que el amor les indica que deben aceptar.

Quizás pueda ofrecer algunos ejemplos en la siguiente pregunta, pero es importante comprender que esta es una cualidad de la Verdad Divina: existe una relación directa entre el Amor de Dios y la Verdad de Dios. No se puede tener una sin aceptar, al menos en parte, la otra; por ello, es fundamental y muy poderoso ser conscientes de esto.

María: Dicho de otro modo: no puedes recibir la Verdad de Dios a menos que estés abierto al Amor de Dios. Y no puedes recibir el Amor de Dios a menos que estés abierto a la Verdad de Dios. Ambas están siempre en perfecta armonía.

Jesús: Siempre. Entonces, analicemos el primer escenario: aquel en el que no podemos recibir el Amor de Dios si no estamos abiertos a la verdad. Si no estás abierto a la verdad de que Dios existe, si ni siquiera estás potencialmente abierto a esa verdad… en otras palabras, si no eres capaz de decir al menos: "Quizás Dios existe", entonces nunca le pedirás amor a Dios; esa es la realidad. Por consiguiente, nunca lo recibirás y, como resultado, nunca crecerás.

Ahora bien, supongamos que estás abierto a la posibilidad de que esto sea una verdad y decides pedir el amor de Dios; lo pides y, efectivamente, recibes una parte. Junto con ese amor, llegarán ciertas verdades ─que vienen "empaquetadas" con él─, y tú tienes la opción de aceptarlas o no. Si decides no aceptarlas, te estarás bloqueando para recibir más amor. Así, cuando le pidas amor a Dios, Él te dirá: "No, no, no; no has aceptado la verdad sobre el amor que ya te he dado. El amor que ya te he brindado te indica que debes amar a tu hermano y a tu hermana por igual; sin embargo, no lo haces ─amas más a las mujeres que a los hombres─, lo cual no está en armonía con el amor que ya te he entregado. Debes abordar esa verdad y, entonces, podrás recibir más amor".

Dios siempre intenta señalarnos dónde residen estos problemas, ya que la Ley de la Atracción y las Leyes de Causa y Efecto son leyes creadas por Dios para mostrarte aquellos aspectos en los que aún no has aceptado la verdad. Existen verdades en torno a estas leyes ─pues recuerda que toda ley es, en esencia, una verdad sobre lo que atraemos (en el caso de la Ley de la Atracción) o sobre lo que provocamos (en el caso de la Ley de Causa y Efecto)─; cada una de estas leyes constituye una verdad. Si no las aceptas, tu capacidad para recibir más amor ─¡amor que, a su vez, revelaría más verdades!─ se estancará.

Es como un proceso de crecimiento; en cierto modo, se podría comparar con ir a la escuela. No se puede tomar a un niño de cinco años ─que nunca ha ido a la escuela y que no ha recibido ninguna educación por parte de sus padres─, llevarlo a la universidad, y esperar que comprenda algo. Es posible que ni siquiera entienda el lenguaje que allí se utiliza ─aunque sea el mismo idioma con el que ha crecido durante sus primeros cinco años─, debido a los diversos acrónimos y otros elementos propios de un entorno universitario.

Por lo tanto, es necesario atravesar un proceso de crecimiento: uno recibe cierta verdad, comprende más cosas, recibe más verdad, y utiliza lo que ya ha asimilado como cimiento. A medida que se recibe más, el cimiento se amplía y, en el interior del individuo, se desarrolla una estructura que le permite asimilar aún más. Así es como Dios trabaja con nosotros en todo momento. Hay verdades que jamás podremos aceptar a menos que hayamos aceptado las verdades que las preceden. Del mismo modo, hay un nivel de amor que no podremos aceptar a menos que actuemos en armonía con la verdad que lo precede. Es fundamental, pues, comprender este equilibrio armonioso entre el amor y la verdad.

6.2. Descubrir la verdad examinando el amor presente

María: Es algo muy hermoso; comprender esta verdad nos brinda mucho material con el cual trabajar, ¿no es así? "Vaya, no estoy recibiendo amor; bueno, el amor está en armonía con la verdad. ¿Qué verdad estoy ignorando aquí?".

Jesús: Exactamente. Pero también nos ayuda a plantearnos: "Muy bien, analicemos estos principios universales que intento descubrir". Siempre que algo no esté en armonía con el amor ─si logro detectar cualquier falta de armonía con el amor en lo que está ocurriendo─, entonces sé que mi concepto sobre la verdad respecto a ese asunto probablemente deba cambiar. La ausencia de amor me indica que, muy posiblemente, también hay una ausencia de Verdad Divina, ya que la Verdad Divina y el Amor siempre están en perfecta armonía.

6.2.1. Un ejemplo basado en enseñanzas religiosas

Jesús: Tomemos, por ejemplo, una teoría que se nos presenta; digamos, una teoría religiosa como: "Dios solo ama a las personas que creen en el cristianismo". Es una teoría religiosa en la que creen mil quinientos millones de personas en el planeta. Por otro lado, existe la creencia de que "Dios solo ama a quienes creen en el Corán", algo que sostienen otros mil millones de personas aproximadamente. De hecho, si lo analizamos, ambas creencias son totalmente opuestas en cuanto a su comprensión; sin embargo, ambos credos comparten la misma premisa respecto a su propia fe.

Ahora, observemos esto desde la perspectiva del amor. ¿Tiene sentido que Dios ame únicamente a un grupo de personas que creen en un libro escrito por el ser humano? Desde la perspectiva del amor, no tiene ningún sentido. Resultaría mucho más lógico que Dios amara a cualquier persona que esté dispuesta a amar. Y, si Dios realmente ama, tendría aún más sentido que amara a cualquier ser humano, independientemente de lo que esa persona esté dispuesta a hacer. Eso sería lo más coherente con el amor; por lo tanto, es muy probable que también sea la verdad, precisamente porque es lo más coherente con el amor.

Así pues, lo que podemos hacer es analizar las enseñanzas existentes en el mundo, enumerar todas, y examinar cada una preguntándonos: "¿Está esto en armonía con el amor?", o bien: "¿Es esto incompatible con el amor (según mi propia comprensión de lo que es el amor)?". Podemos descartar una enseñanza tras otra ─ya sean versículos de la Biblia, del Corán o de cualquier otro libro sagrado─ simplemente planteando esa única pregunta: "¿Está esto en armonía con lo que, en este momento, entiendo por amor?".

María: Sí, y será estupendo, porque tú y yo también vamos a hablar sobre las cualidades del Amor Divino. Al tener ambos temas sobre la mesa, puedes comparar: "Bueno, basándome en lo que he comprendido sobre la Verdad Divina y sobre el Amor Divino…", dispones de una herramienta excelente para evaluar todo tipo de teorías e ideas.

Jesús: Y, sinceramente, es sencillo; resulta muy fácil determinar qué es la verdad cuando se comprenden bien estas cualidades. Por eso, en el siglo I, me resultó tan sencillo descubrir la verdad, a pesar de haber sido adoctrinado ─por mi padre y por otros─ en la Torá (en particular, en los cinco primeros libros de la Biblia) y en las enseñanzas de los Profetas. Aunque recibí esa formación religiosa, no creía en ella, pues con todo lo que veía era: "ahí va, otra vez, esto esta en desarmonía con el amor".

Por ejemplo, mi madre tenía que apartarse durante cuarenta días cada vez que daba a luz; a mí eso me parecía incompatible con el amor. Del mismo modo, cada vez que tenía la menstruación, debía retirarse durante siete días y nadie podía tocarla; eso también era incompatible con el amor. Y así sucesivamente. Tantas cosas había en desarmonía con el amor que, entonces, yo pensaba: "Eso no puede ser la verdad". Es muy sencillo: no puede ser la verdad porque sé que, desde la perspectiva de Dios ─y a esa edad, unos dieciocho años, ya podía verlo con mucha claridad─, todo tendría que haber estado en armonía con el amor ─y con un amor que supera, con creces, el amor de cualquier persona en la Tierra─. Por lo tanto, al comprender esta cualidad, podemos entender muchas otras cosas y discernir, en función de qué es verdad y qué no lo es.

7. ¿Cómo se manifiesta en mi vida personal una comprensión, basada en el alma, de que "la Verdad Divina y el amor están siempre en perfecta armonía, y que, sin la verdad, el amor no puede estar completo"?

María: Excelente. Con respecto a la tercera cualidad: ¿cómo se manifiesta en mi vida personal esa comprensión de que la Verdad Divina y el amor están siempre en perfecta armonía, y que, sin la verdad, el amor no puede estar completo?

Jesús: Bien, ahora estamos planteando la cuestión desde una perspectiva personal. Pues bien, a nivel personal, se manifiesta de la siguiente manera: jamás aceptaré en mi interior una enseñanza que no esté en armonía con el amor; nunca me aferraré a tal enseñanza; y nunca emprenderé acciones basadas en ella que sean contrarias al amor.

7.1. No recurrir jamás a la violencia

Jesús: Por tanto, si verdaderamente me hallara en este estado, nunca recurriría a la violencia a causa de algo en lo que creo; ni siquiera le gritaría a nadie por algo que yo sostuviera como cierto. Tendría siempre presente que, allá donde hay verdad, debe estar presente también el amor. Así pues, si sintiera de corazón que algo es verdaderamente cierto, jamás recurriría a la violencia.

Si observamos la historia religiosa de la humanidad, veremos que prácticamente todas las creencias religiosas han recurrido a la violencia en algún momento de su historia, simplemente porque otros no compartían sus creencias, o no aceptaban lo que dichas religiones dictaban que debían creer o hacer. El amor no actuaría así; el amor jamás recurre a la violencia. Por consiguiente, las enseñanzas que reflejaban tales comportamientos no pueden ser verdaderas. Bajo esta regla ─este principio de la Verdad Divina─, dichas enseñanzas no pueden ser ciertas. Las únicas enseñanzas que pueden ser verdaderas son aquellas que promueven el amor; aquellas que fomentan la comprensión y la capacidad de vivir en el Universo de una manera más feliz y plena. Solo esas enseñanzas pueden ser verdaderas. Por eso, en este momento, existen muchas más verdades científicas que verdades religiosas en el planeta; porque muchas de ellas han contribuido a una vida más sencilla y mejor para muchas personas. Por lo tanto, están más en sintonía con el amor que aquellas enseñanzas religiosas que, según se dice, provienen de Dios.

Así pues, esto es algo fundamental: cada vez que recurro a la violencia, a la ira o a la frustración, o cada vez que intento imponer algo o controlar a otra persona en relación con la verdad,

me alejo de la armonía con el amor. Por consiguiente, lo que estoy haciendo no es la verdad; debo cambiar si realmente deseo estar en armonía con Dios.

7.2. Recibir amor de Dios

María: Bien, entonces, ¿qué ocurre con nuestra relación con Dios y la recepción de Su amor? Si evito la verdad en mi vida personal, no debería esperar recibir amor de Dios, ¿verdad?

Jesús: Exacto. Llega un punto en el que dices: "Vale, no quiero saber esto, no quiero saber aquello, no quiero saber esto otro. Por favor, Dios, dame más amor". Pero, al no recibir nada en ese estado ─porque, sin duda, no sentirás que recibes nada─, terminas diciendo: "¡Ah, es culpa de Dios que no esté recibiendo Su amor!".

María: O bien: "¡No es justo!".

Jesús: O bien: "No es justo", o cualquier otra cosa por el estilo. No; es perfectamente justo: simplemente no deseas vivir en armonía con el amor. ¿Cómo puedes esperar recibir más verdad? Y si no estás dispuesto a recibir más verdad, ¿cómo puedes recibir más amor? Si no estás dispuesto a vivir en armonía con la verdad que ya conoces, ¿cómo puede llegarte más amor? No es posible. Así que deja de intentar alterar las reglas, deja de intentar eludir el Camino de Dios, que consiste siempre en afrontar esta hermosa cualidad de la Verdad Divina: la verdad y el amor siempre estarán en armonía. Debes ponerte en armonía con el amor que has recibido si es que esperas recibir más verdad y más amor.

Así que hazlo; elige hacerlo. No elijas evitarlo, no intentes alejarte de ello, no utilices tu voluntad de manera negativa para hacer daño a otros o a ti mismo. Elige hacer algo que esté en armonía con el amor ─incluso con el amor hacia ti mismo─, lo cual significa estar en armonía con la verdad con la que sabes que debes estar en armonía.

7.3. Ser veraz es amar

María: Supongo que lo pienso desde un plano muy personal: si sé que el amor y la verdad están en armonía, ¿cómo puedo afirmar que soy una persona amorosa si no soy veraz respecto a lo que llevo dentro?

Jesús: Exacto.

María: ¿Cómo puedo decir que te amo si no soy veraz contigo?

Jesús: Exacto.

María: ¿Cómo puedo mantener cualquier tipo de relación social…?

Jesús: ¿Cómo puedo amar al gobierno si no soy veraz con él?

María: Sí, en cualquier tipo de relación, si estoy evitando la verdad dentro de esa relación… Si sé que el amor no puede estar presente a menos que la verdad también lo esté, entonces eso cambia considerablemente la forma en que analizamos lo que significa actuar con amor, ¿verdad?

Jesús: Exacto, exactamente.

María: Porque muchos de nosotros sentimos ─o nos han educado para sentir─ que ocultar la verdad es un acto de amor.

Jesús: Exactamente. Es como si nos hubieran educado para creer justo lo opuesto a lo que Dios ha establecido como una realidad en el universo.

María: ¿Podrías hablarnos un poco sobre la idea que subyace a ese pensamiento: que decir la verdad genera dolor en lugar de amor? ¿Por qué creemos eso?

Jesús: Bueno, lo creemos porque el error que llevamos dentro se ha ido gestando a lo largo de mucho tiempo. Ese error es sumamente doloroso; provoca todo tipo de consecuencias dolorosas inmediatas. Sin embargo, lamentablemente, tendemos a querer seguir viviendo en él, porque el mundo entero vive en él. Así que lo absorbemos: se convierte en parte de nuestra vida y, además, pasa a formar parte de la definición de nosotros mismos. Se vuelve algo que consideramos como parte de nosotros mismos; y, cuando tienes que renunciar a algo que crees que forma parte de tu propio ser, el proceso resulta doloroso.

7.3.1. La Verdad Divina expone el error

Jesús: Ahora bien, la verdad ─la Verdad de Dios─, cuando llega, expone este error. Esta es una de las razones por las que consideramos que la verdad es dolorosa: porque, en realidad, deja al descubierto el error. Nos hace ver la verdad y, por consiguiente, nos hace sentir el dolor inherente a dicho error. Entonces, establecemos una asociación ─tanto mental como emocional─ de que "la verdad causó mi dolor". Pero no es así; el dolor fue causado por la falsedad presente. Si la verdad estuviera presente sin que hubiera ninguna falsedad, no sentirías dolor alguno.

7.3.2. Un ejemplo de infidelidad en una relación

Jesús: Permíteme ilustrar esto con un ejemplo de la vida cotidiana. Imaginemos una relación matrimonial en la que el esposo decide ser infiel a su esposa y opta por ocultárselo. Luego, decide repetir la acción ─una y otra vez─ sin revelárselo nunca. Aunque ella desconoce la verdad, ya se está generando dolor en la relación: en el propio esposo ─en su corazón─ y en la mujer con la que mantiene este vínculo sexual ajeno a su matrimonio. Se está creando todo un dolor. Él no es consciente de ello, porque se niega a afrontar el hecho de que el amor y la verdad deberían actuar en armonía. No quiere decir la verdad a nadie: ni a la otra mujer ─la verdad de que no piensa dejar a su esposa, ya sea por motivos de seguridad o por cualquier otra razón─, ni a su propia esposa ─por temor a que ella lo abandone, lo cual podría desencadenar las inseguridades de él, y provocar la pérdida de la mitad de su patrimonio─. Así que lo que él hace es mantener esta situación en secreto, sin decir la verdad.

Cuando alguien se dé cuenta de lo que ha ocurrido y se lo cuente a la esposa, ella experimentará un gran dolor. Y si ella no tiene cuidado, podría creer que el dolor se debe a que alguien le reveló la verdad. Pero no es así; en realidad, si alguien le dijera algo que no fuera cierto, no le causaría ningún dolor. Si no fuera verdad ─es decir, si no estuviera ocurriendo─, no le causaría dolor alguno. Solo le causará dolor si, efectivamente, está sucediendo.

María: ¿Por qué?

Jesús: Porque es el error lo que genera el dolor…

María: …lo está exponiendo, algo que ya estaba ahí.

Jesús: Exacto: la verdad pone al descubierto el error, pero es el error el que ha creado el dolor. El hecho de que él le haya sido infiel es lo que hace que ella se sienta herida. Si él no le hubiera sido infiel, no se sentiría así.

Sin embargo, a menudo no queremos conocer la verdad; este es un problema importante en el planeta. Debemos comprender que el deseo de conocer la verdad está directamente vinculado al deseo de amar. Necesitamos ambas cosas si queremos llegar a vivir en una sociedad basada en el amor. Por ejemplo, vemos que los medios de comunicación están dispuestos a alimentarnos con mentiras, y nosotros estamos dispuestos a aceptarlas. Ante esto, debemos preguntarnos: "¿Es esto un acto de amor?". No es un acto de amor ─hacia nadie─ aceptar un cúmulo de mentiras; del mismo modo, alimentar a los demás con mentiras tampoco es un acto de amor.

Por tanto, debemos valorar más la conexión que existe entre el amor y la verdad. Ahora bien, si hiciéramos eso, si realmente lo sintiéramos en nuestra alma, jamás seríamos capaces de mentir sobre nada de lo que hayamos hecho; incluso si nuestros actos pudieran provocar la desintegración de nuestra familia, la pérdida de nuestro empleo, o incluso llevarnos a pasar un tiempo en prisión… por muchas consecuencias que pudiera acarrear decir la verdad, nunca intentaríamos evitarla.

María: Porque sabríamos que nuestro amor no puede ser real…

Jesús: Y, además, sabríamos que nuestro amor nunca podrá crecer si evitamos la verdad.

María: Otra cosa que se me ocurre mientras hablas de todo esto es que, si tengo una comprensión de esta verdad a nivel del alma, sabré que, si alguien me dice una verdad y eso me causa dolor, es porque se está exponiendo un aspecto en el que carezco de amor. Es algo parecido a lo que mencionabas hace un momento.

Jesús: Exacto. Pongamos un ejemplo similar, ¿te parece? Imagina el caso de un esposo y su esposa. Si ella siente dolor porque alguien le dice algo ─por ejemplo, si alguien le asegura que su marido le es infiel, cuando en realidad no lo es─, ese dolor es suyo; hay algo en su interior, provocado por una falta de amor, que la lleva a experimentar ese sufrimiento. Y ella podría llegar a comprender esto.

7.4. Ser sinceros respecto a la recepción del Amor Divino

María: Sí. Bien, para cerrar este punto, ¿qué tal si leemos algunas de las otras notas que has preparado aquí y comentamos al respecto? Cuando comprendemos esta verdad a nivel del alma, ya no sentimos la necesidad de convencernos de que estamos recibiendo el Amor Divino cuando, en realidad, no es así.

Jesús: Es decir, ¿cómo puedes seguir recibiendo el Amor Divino si sabes que, en ciertos aspectos, no estás en armonía con la verdad? No es posible. Y si intentas convencerte de que estás recibiendo el Amor Divino a sabiendas de que no estás en armonía con la verdad, entonces lo que estás recibiendo es otra cosa ─podrían ser conexiones con espíritus, o tal vez sea producto de tu propia imaginación, o cualquier otra cosa─; pero, sin duda, no estás recibiendo el Amor de Dios mientras elijas permanecer en desarmonía con la verdad.

María: Entiendo. Y tampoco quiero ayudar a otros a eludir la verdad de que no están recibiendo el Amor Divino.

7.4.1. Un ejemplo relacionado con las religiones

Jesús: Sí, observo que esto sucede con bastante frecuencia, particularmente en los círculos religiosos. Suele ocurrir dentro de la fe cristiana, donde una persona recibe Amor Divino hasta cierto punto, gracias a sus sentimientos hacia Dios y a su deseo de experimentar ese amor. Sin embargo, existen ciertas verdades que la persona no desea aceptar; prefiere creer en la Biblia ─la cual, como he señalado en respuestas anteriores, no constituye un registro fidedigno de la Verdad de Dios─. Además, en muchos pasajes, la Biblia carece de amor, pero, aun así, hay quienes insisten en creer en esos fragmentos que no reflejan amor. Al aferrarse a tales creencias, la persona bloquea la recepción de una mayor cantidad de Amor proveniente de Dios, e impide, a su vez, que su alma asimile cualquier verdad. En otras palabras, se cierran al conocimiento de las verdades contenidas en las Leyes de Dios respecto a estos temas.

Bajo estas circunstancias, estas personas siguen creyendo que mantienen una conexión con Dios que crece de forma continua. Pero es necesario decirles la verdad: una conexión con Dios que crece constantemente solo es posible si, al mismo tiempo, crece nuestra conexión con la verdad. Me refiero a las verdades universales y absolutas; no a las llamadas "verdades" que figuran en un libro escrito, sino a las verdades universales reales, a las cuales, tarde o temprano, todos tendremos que ajustarnos.

Por tanto, debemos dejar de decirnos unos a otros que "todo va bien" cuando, en realidad, no es así. Es preciso ser honestos entre nosotros: si no recibimos más verdad, si no vivimos en armonía con la verdad que ya conocemos, y si no estamos dispuestos a examinar ─a la luz del amor─ aquello que consideramos verdadero, modificando nuestras opiniones según lo que el amor dictaría, entonces nos resulta imposible seguir creciendo; nos estancaremos. Por eso observo que, en el ámbito de muchas de las creencias religiosas, se produce una mejora inicial en la recepción del amor: al principio, cuando las personas encuentran esa fe ─o durante el breve periodo posterior─, reciben algo de amor de Dios; sin embargo, luego se estancan, ya que se adentran en sistemas de creencias rígidos que obstaculizan la asimilación del amor. Estos sistemas se oponen al amor, no están en armonía con él; de hecho, al actuar conforme a ellos, nosotros mismos dejamos de estar en armonía con el amor, lo cual conlleva sus propios efectos compensatorios. Como resultado, tampoco estamos asimilando la verdad; no estamos viviendo en armonía con la verdad, no estamos comprendiendo este aspecto fundamental del alma que es necesario entender: que el amor y la verdad están perfectamente alineados entre sí. Si existe una "verdad" que no está en armonía con el amor, entonces ya no es una verdad; es simplemente una idea, un concepto ─un concepto creado por el ser humano─, pero no es una verdad absoluta del Universo.

8. La Verdad Divina no admite ─ni puede admitir─ concesiones, ni siquiera en aras de la paz

María: De acuerdo, gracias. Cuarta cualidad: ¿a qué te refieres cuando dices que la Verdad Divina no admite concesiones, ni siquiera en aras de la paz?

Jesús: La Verdad Divina posee una cualidad hermosa: es incapaz de hacer concesiones. A partir de los puntos que ya hemos tratado, podemos ver que la segunda cualidad es que la Verdad Divina es inamovible, y la tercera es que siempre es amorosa. Si es inamovible y, a la vez, siempre amorosa, no puede hacer concesiones, pues eso la volvería "movible". Y, aunque al ser siempre amorosa no fomentaría la guerra, tampoco realizaría concesiones con el fin de mantener una paz falsa. Aquí, por tanto, nos referimos a una paz falsa, no a una paz verdadera.

La paz verdadera solo puede surgir cuando entramos en armonía con todas las Leyes de Dios. Es la única forma en que puede manifestarse una paz auténtica. En otras palabras, cuando tú y yo compartimos exactamente la misma comprensión de una de las Verdades de Dios, es entonces ─y solo entonces─ cuando surge una paz real entre nosotros; cuando realmente sentimos esa paz el uno con el otro.

El error tiene una naturaleza particular: siempre intenta defenderse de manera violenta. Quien vive en el error desea que la persona que vive en la verdad se adapte a dicho error; para lograrlo, no

duda en recurrir a la ira, la violencia, la manipulación, el abuso, el control y otras cosas, con el fin de imponer su error a quien sostiene la verdad. Una persona que vive en la verdad no puede ceder en lo que respecta a la verdad; una vez que conoce la verdad, le resulta imposible apartarse de ella. De hecho, hacerlo supondría transigir con el amor: el amor por uno mismo, el amor a Dios y el amor a los demás. Por lo tanto, es necesario mantenerse inamovible respecto a la verdad; como consecuencia, no se cede, incluso cuando alguien está dispuesto a atacar, maltratar o hacer daño.

En el mundo en que vivimos encontramos muchos ejemplos de esto, aunque quizá sea mejor reservar los casos concretos para la siguiente pregunta, donde abordaremos ejemplos personales.

Así pues, es fundamental comprender esta cualidad de la Verdad Divina: si vivimos en la verdad —si estamos en armonía con la Verdad de Dios—, no cederemos simplemente para evitar un ataque ajeno. A menudo vemos que esto sucede: la gente evita el ataque haciendo concesiones, y luego esperan mantener una relación con Dios. Sin embargo, es imposible mantener una relación con Dios si uno está dispuesto a evitar un ataque a base de ceder, pues eso equivale a alejarse de la verdad. La Verdad Divina es inamovible; no es posible apartarse de ella ni negociar con ella. Este es, pues, un aspecto esencial de la Verdad Divina que debemos comprender.

María: Así es. Mencionaste que la Verdad Divina no hace concesiones, ni siquiera en aras de la paz, aunque siempre se manifiesta de forma pacífica. Cuando estamos en armonía con la Verdad Divina, jamás actuamos de manera beligerante; no obstante, tampoco cedemos ante la amenaza de un conflicto. Esto es aplicable a gran escala, pero también a nivel personal, en nuestras relaciones: nunca seremos agresivos, abusivos ni violentos. Pero, al mismo tiempo, no renunciaremos a lo que sabemos que es la verdad, ni siquiera bajo la amenaza de violencia o maltrato.

Jesús: Exactamente. Así que, cuando planteemos los ejemplos, tal vez podamos hablar de algunos de ellos; pero eso es totalmente correcto. No podemos pretender mejorar una situación sacrificando la verdad. Y me parece que existe la creencia generalizada de que es posible mejorar una situación simplemente cediendo en cuanto a la verdad. Pero no es así; todas las leyes de Dios sustentan la verdad; por lo tanto, cada vez que uno hace concesiones con la verdad, en realidad empeora la situación, dejándola peor de lo que estaba o de lo que habría estado si no se hubiera transigido.

Esa es una triste realidad de la vida aquí, en este planeta: los seres humanos suelen creer que es posible transigir con la verdad para obtener un mejor resultado. Pero no es así. Si transiges con la verdad, el resultado será peor; así es como Dios ha diseñado esta cualidad. La naturaleza de la Verdad Divina es tal que, si haces concesiones con ella, terminarás con más infelicidad. No se puede alcanzar la paz transigiendo con la verdad; la paz solo es posible cuando ambas partes comprenden la verdad. La paz solo se logra cuando ambas partes sienten amor; es la única forma de alcanzarla. No es posible obtener paz mediante concesiones con la verdad.

María: Genial, gracias.

Entrevista con Jesús – La verdad divina
Sesión 2, Parte 2
9. ¿Cómo se manifiesta en mi vida personal una comprensión, a nivel del alma, de que la “Verdad Divina no hace ni puede hacer concesiones, ni siquiera en aras de la paz”?

María: Con respecto al cuarto punto: ¿cómo se manifiesta en mi vida personal una comprensión, a nivel del alma, de que la “Verdad Divina no hace ni puede hacer concesiones, ni siquiera en aras de la paz”?

Jesús: Bueno, podemos analizar esto desde varias perspectivas en nuestra vida personal. Al plantear esta pregunta, es necesario observar nuestra vida en general, así como la vida de la humanidad en la Tierra; pues encontramos numerosos ejemplos, tanto en nuestra propia existencia como en la humanidad en su conjunto ─incluyendo la forma en que las naciones interactúan entre sí─, que ilustran este principio. Si comprendemos, a nivel del alma, que cada vez que hago concesiones respecto a la verdad el resultado es un mayor daño ─tanto para mí como para quienes me rodean─, entonces habrá ciertas cosas que me negaré a hacer.

9.1. Presentar la verdad de manera pacífica y amorosa

Jesús: Una de esas cosas es que me negaré ─una vez que conozco la verdad sobre un tema determinado y tengo la certeza, en mi propia alma, de que se trata de la Verdad de Dios─ a intentar "facilitar" la comprensión de dicha verdad para los demás. Simplemente expondré cuál es la verdad; no trataré de adornarla, ni de modificarla para adaptarla a la opinión pública, ni intentaré hacer que suene mejor de lo que realmente es, ni nada por el estilo. Simplemente la presentaré tal como es, desde un estado de paz. Así pues, al presentar la verdad, no sentiría ira hacia el mundo, ni le exigiría que la aceptara, ni trataría de forzarlo a realizar ningún tipo de cambio; simplemente expondría la verdad y dejaría que el mundo ─es decir, cualquier persona distinta a mí─ tomara sus propias decisiones al respecto.

Si analizamos esto en el contexto de una relación, por ejemplo: si conozco una verdad, y sé que tú no crees en ella, y tú y yo mantenemos una relación, lo que haría sería exponer esa verdad, pero de manera pacífica y en armonía con el amor. Lo haría sin esperar ni exigir que te adaptes a ella, y sin intentar manipularte o controlarte ─ya sea de forma encubierta o abierta─. Respetaría y honraría siempre tu voluntad respecto a tus propias acciones, manteniéndome, al mismo tiempo, firme en la verdad; eso es lo que yo haría personalmente.

María: Y, por otro lado ─teniendo en cuenta también lo que sabemos sobre la tercera cualidad, que el Amor Divino y la Verdad Divina siempre están en armonía─, si, al presentar una verdad, actúo de forma contraria a lo que acabas de describir, entonces debería incluso cuestionarme si realmente conozco esa verdad.

Jesús: No la conozco; la realidad es que no la conozco. Si en este momento presento una verdad con ira, con rabia o mediante actitudes similares, es porque en realidad aún no la conozco; todavía quedan aspectos de ella que me faltan por descubrir.

9.1.1. Un ejemplo de decir la verdad en el seminario de otra persona

María: Por ejemplo, conocemos a alguien, que asiste a nuestros seminarios, estuvo en otro seminario ─una sesión de capacitación laboral─, donde el ponente presentaba ideas que, a su parecer, no estaban en armonía con la Verdad Divina. Esta persona sintió que debía mantenerse firme en la verdad y no ceder; sin embargo, terminó acaparando todo el seminario y poniéndose a discutir con el ponente.

Jesús: Sí, lo cual no es lo que harías si estuvieras en armonía con la Verdad Divina.

María: Entonces, ¿en qué consistiría no hacer concesiones, en esa situación?

Jesús: Bueno, para empezar, alguien que asiste a un seminario ─donde se exponen ideas distintas─ en calidad de invitado de los organizadores (en este caso, de hecho, era invitado por el gobierno, con el fin de ayudarle a conseguir empleo), no tiene derecho a intentar adueñarse del seminario. Puede

mantenerse firme e inamovible en su propia verdad, pero haciéndolo desde la paz; no sentiría rabia porque alguien intente exponerle algo diferente a lo que él cree. Se sentiría tranquilo, pensaría: "Está bien, no hay problema, puedo escuchar esto". Permanecería sentado en silencio durante todo el seminario, viendo cualquier cosa que surgiera allí como una oportunidad ─un regalo, por así decirlo─ para comprender que ahora es un poco más amoroso de lo que quizás era antes. Aunque no asimile nada de lo que se dice porque no está de acuerdo con ello, se mantendría sentado con calma, sin necesidad de alzar la voz ni de manifestar su desacuerdo de forma abierta. Si fuera su propio seminario, la situación sería distinta. Si se tratara de un evento organizado por él ─para el cual pagó, compró las plazas e invitó a los asistentes─, entonces sí podría expresar lo que siente en ese entorno.

María: Pero incluso en ese entorno, si él sintiera la necesidad de ser agresivo o exigente con los demás…

Jesús: Entonces estaría en desarmonía con la verdad misma.

María: Con el amor y, por tanto, con la verdad.

Jesús: Por supuesto. Así pues, una persona que está verdaderamente en armonía con estos principios sería capaz de presenciar ─durante horas, o incluso días, semanas o meses─ comportamientos carentes de amor a su alrededor, sin hacer concesiones con sus propios principios en sus interacciones personales, pero sin exigir que los demás estén de acuerdo con ella.

Tampoco evitaría expresar su desacuerdo cuando se le preguntara: "¿Cuál es tu opinión personal?". Expresaría su opinión personal y, si alguien se enfadara con ella, no respondería enojada. Se mantendría siempre en paz, a pesar de que los demás no lo estén. Y si otros le pidieran que cediera en sus principios para mantener la paz, tampoco lo haría; se mantendría firme, pero siempre conservando la paz.

Por lo tanto, una persona que comprende realmente estos principios no intentaría, por ejemplo, boicotear el seminario de otra persona, ni un curso o taller; tampoco interferiría en el desarrollo de la vida cotidiana de los demás. Entendería que tiene derecho a tener su propia opinión personal y, cuando se trate de la Verdad de Dios, sabrá que es la verdad. Al reconocerla como tal, actuará en armonía con el amor; si realmente sabe que es la verdad, actuará en armonía con el amor y no cederá, ni siquiera ante amenazas, maltratos o cualquier otra situación similar; no transigirá con el amor cuando alguien actúe así con ella. Se mantendrá siempre amorosa ante cualquier circunstancia o situación; y si no lo hace, se dará cuenta: "Vaya, todavía hay más verdad que he de aceptar".

9.1.2. Un ejemplo sobre ser vegano en una cena familiar

María: Vale, otro ejemplo. Supongamos que soy vegana y me invitan a una reunión familiar ─algo que no es muy probable que me ocurra pronto, ¡pero hablemos en términos hipotéticos!─. Estoy allí y alguien sirve algo que contiene queso. Entonces, un familiar me dice: "Mira, cómelo; si no, tu abuela se dará cuenta y se disgustará. ¿Qué daño te puede hacer comer esto? Por el bien de la paz, hazlo; es un gesto de amor".

Jesús: Y no lo es; sería ceder en aras de la paz. La verdad es, por sí misma, siempre la verdad. Siempre que uno cede en ella, las cosas solo pueden empeorar. Al hacer algo que compromete la verdad, en este ejemplo te estás perjudicando a ti misma, pues ingieres algo que sabes que no está en armonía con el amor. Eso, en primer lugar. En segundo lugar, en realidad estás perjudicando a tu abuela ─quien preparó el plato─, ya que no le permites enfrentarse a la razón por la cual preparó algo que, desde un principio, no estaba en armonía con el amor.

María: O a su intención ─carente de amor─ de que yo coma eso.

Jesús: Por supuesto, ese es un tercer aspecto: ¿por qué exige ella que comas lo que ella quiere? Eso tampoco es amor. Por tanto, si no cedieras, saldrían a la luz varias cuestiones relacionadas con el amor. Pero si cedes, ninguna de estas cuestiones se planteará; habrás cedido en lo que respecta a ti misma. En otras palabras, has realizado un acto carente de amor que perjudicará tu propio cuerpo, tu relación con Dios, tus sentimientos espirituales hacia ti misma y tu propio cuerpo espiritual; todo ello resultará dañado. En segundo lugar, la persona que espera que lo consumas saldrá perjudicada, ya que llegará a creer que ceder es una forma de amor; pero no es así: ceder en cuanto a la verdad no es amor; de hecho, es una actitud carente de amor. En tercer lugar, la persona que preparó esa mezcla ─que no está en armonía con el amor─ nunca llegará a comprender que su creación contiene elementos carentes de amor. Es algo que esa persona debería examinar si desea alcanzar la armonía con las Verdades divinas del Universo.

Así pues, al ceder, en realidad estás provocando más efectos negativos. Si te mantienes firme ─haciéndolo, eso sí, con amabilidad─, diciendo: "No, simplemente no voy a comer eso; no hay manera de que lo haga", y explicas tus razones cuando alguien te pregunte, estarás actuando correctamente. Si la otra persona se molesta, permite que lo esté, sin que tú respondas con tu propio enfado. Y si alguien llega al punto de atacarte debido a su malestar, simplemente retírate. Si estás dispuesta a actuar así ─manteniendo la paz interior, pero sin ceder respecto a tus principios en nombre de una supuesta paz─, estarás obrando conforme a la Verdad divina; pues Dios no compromete Su Verdad en aras de la paz.

9.1.3. Un ejemplo: las Guerras Mundiales

Jesús: Permíteme mencionar otros ejemplos a escala global que han ocurrido a lo largo de la historia. En la Primera Guerra Mundial, como bien sabemos, la ofensiva alemana fracasó; esto condujo a un acuerdo de paz ─por llamarlo de algún modo─ en el que se hicieron muchas concesiones que contravenían las Leyes de Dios; quedaron comprometidos tanto el amor como la verdad.

En consecuencia, muchas de esas concesiones afectaron al pueblo alemán. Y también había una gran ira en otros sectores de la población, quienes consideraban que la nación alemana había provocado la guerra; entonces, movidos por esa ira, impusieron a la población alemana restricciones carentes de amor y, por ende, no veraces. Naturalmente, esto generó en la población una sensación de injusticia o falta de igualdad. A medida que esta injusticia y esta falta de igualdad fueron creciendo, terminaron sentando las bases para el ascenso político de alguien como Hitler, lo que, a la larga, desembocó en la Segunda Guerra Mundial.

Este es el problema de llegar a acuerdos o compromisos, tanto a nivel nacional como internacional: en realidad, lo que hacen es sembrar futuros conflictos, ya que una de las partes ─o ambas─ que intervienen en el acuerdo no quedan satisfechas. La única manera de que ambas partes queden satisfechas es que acepten las verdades de Dios respecto al asunto en cuestión; esa es la única manera en que dos personas pueden llegar a ser felices, sea cual sea la situación. Esto se aplica tanto a una relación personal como a un acontecimiento de alcance internacional.

¿Querías mencionar alguna relación en particular, o…?

María: Algo a nivel mundial…

Jesús: Un ejemplo a escala mundial.

María: Bueno, tiene que ver con los procesos de verdad y reconciliación en Sudáfrica. No conozco a fondo…

Jesús: …todas las leyes…

María: …todos los mecanismos de esos procesos. Pero, según lo que sé ─que es bastante básico─, creo que se basaban en la idea de que era necesario decir la verdad. Habían ocurrido tantas cosas bajo el régimen del *apartheid.*…

Jesús: …que fue injusto y carente de amor…

María: …sí; la idea era que los miembros de las comunidades locales se reunieran y se revelara la verdad sobre lo sucedido. Y, a partir de ahí, se decidiría en ese foro qué tipo de reconciliación o castigo ─o lo que fuera─ debía aplicarse.

Jesús: ¿No decidieron acaso que no habría castigos?

María: No estoy segura de si eso fue…

Jesús: Es parecido a lo que ocurrió en el Líbano: tras la guerra, decidieron que, como todo el mundo había cometido tantas atrocidades, ¡al final nadie pagaría por nada! (Risas). ¡Ese fue el acuerdo al que llegaron!

María: Sí, al terminar los veinte años de guerra, decidieron…

Jesús: Y, por otro lado, ocurrió algo muy distinto tras el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando los nazis fueron juzgados en los procesos de Nüremberg; aquello se prolongó durante años y años. Incluso veinte, treinta o cuarenta años después, los procesos seguían en marcha.

9.2. Comprometer la Verdad de Dios conlleva resultados negativos

María: Supongo que me refiero a la relación entre la verdad y la paz; a veces buscamos la verdad, pero no necesariamente queremos la Verdad de Dios en lo que respecta a las consecuencias que deberían seguir a esa revelación. ¿Qué opinas de todo esto?

Jesús: Bueno, me parece una contradicción decir que nos esforzamos por alcanzar la verdad, pero que no estamos dispuestos a aceptar la Verdad de Dios; porque la realidad es que las únicas verdades en el Universo son las Verdades de Dios: son las únicas verdades. Todo lo demás es opinión personal, sujeta a variaciones. Las Verdades de Dios son fijas e inamovibles, no están sujetas a variaciones. Por lo tanto lo único que vale la pena alcanzar es la Verdad de Dios sobre cualquier asunto. Hacemos esto de forma automática con muchas cuestiones físicas, como ya he señalado.

Por tanto, cuando se trata de la verdad sobre cómo funciona una ley física, queremos descubrirla. Queremos saber cómo funciona la gravedad; queremos saber cómo funciona la aerodinámica. Dedicamos años de investigación a averiguar este tipo de cosas, pero cuando se trata de cuestiones o leyes relacionadas con el amor y con el funcionamiento del alma humana, las ignoramos casi por completo. Y ahí radica nuestro problema: no podemos pretender seguir ignorando las verdades y esperar, aun así, obtener resultados positivos. Siempre que ignoramos las Verdades de Dios, el resultado es, inevitablemente, negativo.

Muchas personas en la Tierra defienden la idea del compromiso ─la búsqueda de un punto medio o acuerdo, haciendo concesiones sobre la verdad─; creen que este enfoque funciona. Se han realizado experimentos tanto basados en el compromiso, así como basados en la ausencia de este; y, en

esencia, ninguno ha dado resultados positivos en ninguna de las dos direcciones. Y la razón principal es que ninguno de ellos se basa en la verdad. Ninguno de los experimentos llevados a cabo en este sentido es verdadero. Cuando no se hacían concesiones, no se tuvo en cuenta el arrepentimiento, no existía el deseo de alcanzar el arrepentimiento, que, sin embargo, forma parte las verdades de las Leyes de Dios. El resultado es un desconocimiento de la verdad emocional contenida en las Leyes de Dios; en otras palabras, nos centramos en descubrir las leyes físicas, pero descuidamos las espirituales y emocionales.

Si nos centráramos en las verdades espirituales y emocionales de las Leyes de Dios, y aplicáramos todo ello a estas situaciones, entonces, todas y cada una de estas situaciones quedarían resueltas por completo. Es precisamente el hecho de transigir con las Verdades de Dios ─al intentar buscar un compromiso─ en relación con estos sucesos en particular, lo que provoca más trauma y dolor en alguna de ─o en todas─ las personas involucradas. Esto es lo que debemos comprender: cada vez que transigimos respecto a las Verdades de Dios, no estamos creando paz; estamos creando un estado ficticio en el que las emociones de las personas involucradas en tales situaciones nunca llegan a liberarse. Por el contrario, se enquistan ─como una herida abierta─ para terminar manifestándose en algún momento futuro.

Esto puede observarse a escala global: en las naciones, en las organizaciones religiosas y en las relaciones personales. Es un principio que se manifiesta en todos los ámbitos.

9.2.1. Un ejemplo en las relaciones personales

Jesús: En las relaciones personales, existe la creencia común de que, si uno cede en su propio punto de vista para lograr algo más de paz, el matrimonio durará más tiempo. Pero no es así; lo único que ocurre es que uno es consciente de haber cedido, lo cual genera malestar. En realidad, no se ha adoptado la opinión del otro de forma genuina; se ha llegado a un acuerdo que no es auténtico, y eso provoca frustración en ambas partes. A la larga, todo terminará estallando de alguna otra manera.

Si ambos tuviéramos como objetivo ajustarnos a la Verdad de Dios ─y, por consiguiente, al Amor de Dios─ respecto a un asunto determinado, ambos tendríamos que ceder; pero no estaríamos transigiendo sobre la Verdad de Dios, sino avanzando desde nuestra propia falta de verdad hacia ella. En otras palabras, llegamos a un punto en el que decidimos honrar únicamente la Verdad de Dios, reconociendo que ambos debemos cambiar para poder aceptarla. Es entonces cuando surge una verdadera oportunidad para la paz ─ya sea en una relación, en una nación, en las religiones o a nivel mundial─: cuando todos estamos dispuestos a aceptar la verdad tal como es.

Todos hemos aceptado la realidad sobre la gravedad y sobre la aerodinámica; es hora de que empecemos a aceptar la verdad sobre el amor, aunque, lamentablemente, nos mostramos muy reacios a hacerlo.

9.3. No comprometer la verdad, incluso si estamos destinados a “perder” algo

María: Así que, tal vez para terminar, voy a leer algunas de las notas que has escrito aquí sobre lo que implicaría que yo, personalmente, posea esta verdad ─esta comprensión de la verdad arraigada en el alma─. Dice: “Me negaría a comprometer la Verdad Divina en mi vida cotidiana, incluso en aras de la paz o por conveniencia” ─algo que ya has abordado─. “Incluso si parece que estoy destinada a ‘perder’ algo, nunca hago concesiones con la verdad, ya sea personal o de Dios”.

Jesús: Y este es un punto importante. Muchas personas se dan cuenta de que, cuando se mantienen firmes e inamovibles, existe a menudo la posibilidad de que otros las ataquen. Es algo que experimentamos con bastante frecuencia: los medios de comunicación, u otras personas en general, nos atacan cuando nos mantenemos firmes en un asunto determinado.

Y la mayoría de las personas en el planeta han aprendido que, en tales circunstancias, siempre

terminarán perdiendo algo. Por eso, intentan evitar esa pérdida haciendo concesiones; pero, a la larga, el resultado siempre es peor para ellas ─especialmente para su propia alma─ y también para todos los que las rodean.

Por ello, es fundamental no ceder en estas cuestiones. Para quienes están alrededor, el resultado es negativo porque no llegan a percibir cuál es el verdadero problema; terminan creyendo que tienen la razón cuando, en realidad, no es así. Este es un gran desafío al que nos enfrentamos a nivel global: si no defendemos la verdad ─manteniéndonos, al mismo tiempo, en un estado de paz─, quienes están en el error nunca llegarán a reconocerlo.

9.3.1. Un ejemplo de la relación de María con su familia

María: Supongo que puedo citar un ejemplo muy personal. Mencioné ─hice una broma al respecto hace un momento─ que, cuando tú y yo iniciamos nuestra relación, mi familia se opuso con mucha fuerza. Llegaron a mostrarse bastante agresivos y abusivos con ambos ─tanto verbal como emocionalmente─, intentando además manipularme. Llegó un punto en el que sentí que no podía traicionar la verdad: su comportamiento hacia nosotros era injusto y carente de amor. Entiendo a qué te refieres: mi familia esperaba que yo cediera, que pasara por alto lo ocurrido en el pasado y siguiera adelante. Ahora me doy cuenta de que, si hubiera actuado así, les habría dado a entender que lo sucedido me parecía aceptable. Comprendí que, al no ceder, los "perdería" de mi vida; aunque, en realidad, sentía que ya los había perdido, pues el vínculo de amor ya se había roto.

Jesús: Y ese es el tema; a menudo, aquello que intentamos salvar al hacer concesiones ya se ha perdido, y tales concesiones no ayudan en absoluto.

María: No, en realidad solo prolongan el dolor, ¿verdad?

Jesús: Bueno, es una forma de evitar el dolor, porque no llegamos a tomar plena conciencia ni a reconocer del todo lo que hemos perdido. Al hacer concesiones, se mantiene una especie de apariencia de relación, pero uno siempre siente que ya no hay amor. Por lo tanto, la relación ya se ha perdido; lo único que se evita es el dolor de uno mismo, el dolor que conlleva reconocer esa pérdida. Ese es el problema de hacer concesiones: nos lleva a creer que las cosas han mejorado, cuando en realidad siguen igual que siempre. Y quedarse estancado en una situación que no cambia no es la mejor manera de acercarse a Dios para recibir cada vez más de Su verdad. Necesitamos que las cosas mejoren de verdad.

9.4. No tener miedo a renunciar a adicciones o comodidades para acercarse a Dios

María: Bien, continuaré con la lista. Entonces, cuando alcanzo una comprensión profunda ─a nivel del alma─ de esto, puedo decir: "No tengo miedo de renunciar a mis adicciones o comodidades para acercarme más a Dios".

Jesús: Exacto. A menudo, lo que pretendemos es que Dios haga concesiones en lo que respecta a Su propia Verdad. Pero la realidad es que la Verdad Divina nunca cede, ni siquiera en aras de la paz. Lo que en el fondo queremos es decirle a Dios: "Dios, cede Tú, porque yo no quiero renunciar a mis adicciones; cede Tú, porque no quiero dejar atrás mi tristeza; cede Tú, porque no quiero soltar mi miedo; cede Tú, porque quiero poder expresar mi enfado cuando me plazca". Queremos que Dios haga concesiones en todos estos aspectos. Si realmente tuviéramos una comprensión, desde el alma, de esta cualidad particular de la Verdad Divina, llegaríamos a la conclusión de que: "Me doy cuenta de que no puedo pedirle a Dios que ceda en ninguno de estos aspectos. Si quiero estar más cerca de Dios, soy yo

quien debe hacer algo respecto a mi adicción, mi miedo, mi ira y mi tristeza. Soy yo quien tiene que elegir sentirlo todo". De este modo, ya no evitarías tanto todos esos sentimientos, ni te encontrarías en una situación de una gran ira hacia Dios, en un estado de rebelión, diciendo: "¿Cómo te atreves a hacerme pasar por todo esto?". Pero, en realidad, Dios te pide que pases por esto precisamente porque te ama. Ni siquiera te está obligando; te pide que atravieses este proceso, pero te advierte: "No podré tener una relación más cercana contigo a menos que lo hagas". Y a la mayoría de las personas en la Tierra esto no les agrada. Desean una relación más cercana con Dios; quieren todos los beneficios de esa relación, pero sin tener que desprenderse de todo aquello que, en su vínculo con Dios, no está en armonía con la verdad.

Por lo tanto, si realmente sintiéramos en nuestra alma esta cualidad de la Verdad Divina ─el hecho de que la Verdad de Dios no admite concesiones, ni siquiera en aras de la paz─, no esperaríamos que Dios nos otorgara Amor Divino mientras, deliberadamente, seguimos haciendo un sinfín de cosas que no están en armonía con el amor y la verdad. No esperaríamos tal cosa de Dios; seríamos conscientes de la realidad y, lejos de sentir ira hacia Dios, comprenderíamos: "Es cierto, Dios solo desea que experimente cambios reales ─no meros productos de mi imaginación o construcciones de mi intelecto, sino cambios genuinos que nazcan del alma─; eso es lo que Dios quiere para mí". Así pues, no me quejaría ante Dios por ello.

9.5. No adaptarse a las adicciones de los demás en aras de la paz o de un beneficio personal

María: De acuerdo. Me niego a adaptarme a las adicciones de otras personas, ya sea por buscar la paz o por obtener un beneficio personal.

Jesús: Muchas veces, cuando nos adaptamos a las adicciones de los demás, lo hacemos por un beneficio personal. En otras palabras, les damos algo con el fin de obtener algo a cambio. La realidad es que, a menudo, estamos dispuestos a darles lo que su adicción exige para obtener lo que nuestra propia adicción demanda; eso es lo que crea la codependencia. Pero también es lo que genera gran parte del mal en el planeta: este intercambio de comportamientos adictivos.

Si realmente comprendiéramos esta cualidad de la Verdad Divina y tuviéramos algo de verdad en nuestro corazón, en lugar de actuar así, diríamos: "Muy bien, aunque parezca que voy a "ganar" algo"… y no es una ganancia real, porque no es algo auténtico, sino solo una ganancia aparente…, tendría que decirme a mí mismo: "Esto no es algo que Dios haría; por lo tanto no es una ganancia real, sino algo que nos perjudica tanto a mí como a la otra persona". Debemos verlo tal como es. Si entendiéramos este principio de la Verdad Divina, percibiríamos cualquier concesión sobre la verdad como algo perjudicial; no como algo que sustenta nuestra vida, sino como algo que la degrada. Así es como lo veríamos.

9.6. Negarse a suavizar la verdad para hacerla más aceptable para los demás

María: De acuerdo. "Me niego a suavizar la verdad para hacerla más aceptable para los demás".

Jesús: Así es. Se trata de hacer que la verdad sea más "sabrosa" ─por decirlo de algún modo─, más digerible, o de presentarla de tal manera que más personas estén dispuestas a escucharla. La realidad es que la verdad sin adulterar, tal como Dios la presenta, es la única forma correcta de exponerla. Por eso Dios es inamovible, incluso en la manera en que presenta la verdad; Dios es inamovible porque sabe que, cada vez que intentas embellecerla, hacerla más agradable o facilitar su asimilación, el resultado termina siendo un desastre a la larga.

María: Bueno, se trata de una concesión sobre la verdad.

Jesús: Siempre es una concesión sobre la verdad, y el resultado, invariablemente, termina en un desastre. De hecho, las leyes de Dios intentan evitar que hagas algo así; eso es lo triste. Cada vez que creemos que estamos adornando la situación, las leyes de Dios nos dicen: "Deja de adornarla". Y nosotros respondemos: "Pero es que quiero adornarla, porque…", y ese "porque" siempre se debe a que esperamos obtener algo a cambio del adorno: buscamos obtener un resultado, queremos que los demás cambien; en fin, siempre hay algo que deseamos conseguir.

La belleza de no hacer concesiones reside en que, al no hacerlas, nos vemos obligados a afrontar internamente todo aquello que pretendíamos obtener mediante dicha concesión. Debemos sentir que no tenemos esas cosas, o que no las hemos conseguido, y permitirnos experimentar las emociones que ello conlleva; si realmente nos situamos a nivel del alma, sentiremos esas emociones. Esto es algo maravilloso, porque nos ayuda a liberar lo que llevamos dentro. Por lo tanto, resulta muy poderoso negarse a hacer concesiones ─incluso cuando uno desea desesperadamente obtener algo─ y, en su lugar, sentir internamente las consecuencias de no haber cedido. Siente el ataque, siente el abuso, siente todas esas cosas que has estado evitando ─porque, en efecto, son cosas que has estado evitando─. O bien, siente el hecho de que no has obtenido lo que querías; siente el hecho de que las cosas no han sucedido como te habría gustado. Siente todo eso.

María: Y, al final, creo que cuando uno alcanza una comprensión ─desde el alma─ de esta verdad, llega a percibir que la verdad no puede hacerse más atractiva, interesante o agradable de lo que ya es.

Jesús: Por supuesto. ¿Cómo podría la Verdad de Dios volverse más atractiva de lo que Dios mismo ya la ha hecho? Al intentar embellecerla, en el fondo le estás diciendo a Dios: "¿Sabes qué? No la hiciste lo suficientemente bien. Yo soy mejor que Tú; yo puedo mejorarla". Eso es, en realidad, lo que estás diciendo. La arrogancia que encierra esa postura es tan extrema que no es de extrañar que existan leyes destinadas a corregirla. (Risas)

9.7. Actuar en armonía con la Verdad Divina en todo momento, incluso ante el miedo o el terror

María: Muy bien. El siguiente punto, que surge cuando comprendemos ─desde el alma─ que la Verdad Divina no admite concesiones, es: "Actuar en armonía con la Verdad Divina en todo momento, incluso cuando siento miedo o terror".

Jesús: Así es. La razón principal por la que hacemos concesiones en cualquier situación es el miedo o el terror; tememos que ocurra algo que no deseamos que suceda. El miedo es algo que se opone al amor y a la verdad. Cuando una persona siente miedo, por lo general está rechazando la verdad; además, el amor nunca puede perfeccionarse mientras exista el miedo.

Así pues, cada vez que actuamos cediendo, estamos actuando bajo la influencia de nuestros miedos. Al hacerlo, no comprendemos que, en realidad, estamos obstaculizando nuestro propio crecimiento en la verdad y en el amor. Lo que debemos hacer, en cambio, es elegir sentir nuestros miedos para luego dejarlos ir. Experimentarlos y soltarlos. Solo así adquirimos la capacidad de asimilar más verdad y de perfeccionar nuestro amor. Por consiguiente, ceder por el afán de alimentar o evitar el miedo es un camino sumamente peligroso.

María: Y, al hacerlo, lo que alcanzamos es una paz falsa.

Jesús: Bueno, la mayoría de las veces ni siquiera obtenemos paz; lo que conseguimos es más opresión. Si observas casi cualquier sociedad inmersa en esta dinámica basada en el miedo, verás que termina con mayor opresión y más daño ─más ataques, no menos─. Solo aquellas sociedades que defienden la

verdad ─viviendo en armonía con el Amor de Dios─ logran reducir estas situaciones. Es algo que aún no hemos aprendido; la mayoría de las personas en el planeta aún no lo han comprendido: siguen creyendo que pueden hacer concesiones por miedo y, aun así, obtener un buen resultado. Todas las Leyes de Dios nos dicen, en esencia: "No, no, no… si haces esto, el resultado será negativo, porque estás honrando al miedo".

Si analizas gran parte de lo que ocurre hoy en el mundo, verás que se debe a que honramos tanto al miedo que ya no somos capaces de amar, ya no podemos expresarnos en armonía con la verdad. Honramos tanto al miedo que la realidad no puede salir a la luz; como resultado, la mayoría de nosotros terminamos experimentando mucho dolor y sufrimiento.

9.8. No intentar llegar a un entendimiento común con personas llenas de ira u odio

María: Bien, esto es interesante. "No siempre intento llegar a un entendimiento común con personas llenas de ira u odio".

Jesús: Sí, esto es algo muy importante a entender, acerca de las concesiones: las personas enfurecidas, llenas de odio o resentimiento te están atacando; no son pacíficas. Necesitan que su ira y odio les sean expuestos como algo negativo dentro de sí mismas. Si cedes cuando están enfurecidas o llenas de odio, estás alimentando su ira y odio, estás apoyando su capacidad de controlarte al hacer lo que ellas desean conseguir cuando están enfurecidas o llenas de odio. Si haces eso, no solo significa que estás haciendo concesiones con respecto a ti mismo y a la Verdad de Dios, sino que en realidad estás contribuyendo a que se conviertan en peores personas de lo que ya son. Así que ahora eres, en realidad, parcialmente responsable de ayudarlos y apoyarlos en su comportamiento iracundo o enojado; y esto está muy en desacuerdo con el amor, y por lo tanto, en desacuerdo con la Verdad Divina.

María: Entonces, esencialmente, estás diciendo que cada vez que intentamos razonar, conversar y lograr que alguien realmente furioso o enojado entienda nuestro punto de vista, en realidad estamos cediendo. ¿Es eso lo que quieres decir?

Jesús: No, lo que digo es que si tienes que ceder para que su ira disminuya, entonces no estás en armonía con la Verdad de Dios. Si estás dispuesto a simplemente sentarte a hablar con ellos, a ayudarlos a superar su ira, y finalmente llegan a ver la razón y se calman, bueno, eso es diferente; pero no adornarías ni harías concesiones con la Verdad de Dios para conseguir eso.

9.9. Amar a las personas lo suficiente como para decir la verdad, incluso si eso significa perder la amistad y la aprobación

María: Claro, claro. Bien, la siguiente: "Amo a todas las personas lo suficiente como para decir la verdad, incluso si eso significa perder su amistad o aprobación".

Jesús: Sí, y este es un aspecto muy importante que debemos comprender sobre esta parte de la Verdad de Dios. La razón por la que la Verdad de Dios no transige es porque ama. Con esto quiero decir que Dios sabe que cuando descubrimos más Verdad Divina ─recuerda que la Verdad Divina es la verdad universal, la verdad absoluta del Universo─ tendremos una existencia más feliz, tendremos más alegría, tendremos más satisfacción en la vida, tendremos mayor crecimiento. Por lo tanto, conocer más verdad solo trae resultados positivos. Ahora bien, la Verdad de Dios lo sabe, y por eso no transige, porque sabe que si transige, transige con todo: con la alegría, con la paz (me refiero a la paz verdadera, no a una falsa), así como con la persona. Todo se ve comprometido al transigir con la verdad: su capacidad de crecer, su capacidad de cambiar, su capacidad de amar más, todo se ve comprometido. Si

entendiéramos eso, veríamos que el acto de decir la verdad es amoroso; no lo veríamos como algo a evitar, sino como algo que siempre debemos hacer.

9.10. No sentir que nada relacionado con la verdad o el amor sea demasiado difícil o requiera demasiado tiempo

María: Genial. Bien, la última: "Nunca siento que nada relacionado con la verdad o el amor sea demasiado difícil o requiera demasiado tiempo".

Jesús: Sí, exactamente, lo que veo que mucha gente hace es pensar: "Ahora mismo no tengo tiempo para ser amoroso; tengo que terminar con esto cuanto antes". No entienden que cada vez que ceden ─y ceder va en contra de este proceso de la Verdad Divina, va en contra de una de las cualidades de la Verdad Divina─, cada vez que cedemos, básicamente estamos diciendo que va a llevar más tiempo; pues todas las leyes de Dios están diseñadas para que sea lo más breve posible, lo más económico posible ─para que todo suceda lo más rápido posible─. Y cada vez que hago una concesión, estoy comprometiendo la capacidad de las Leyes de Dios para lograrlo.

En esencia, lo que provoco es que todo se alargue y que todo empeore. Termino dedicando más tiempo ─en lugar de menos─ a un asunto determinado. Veo a muchas personas que hacen concesiones en aras de la rapidez y el ahorro de tiempo, pero que, al final, terminan invirtiendo cinco, diez o quince veces más tiempo del que habrían empleado si hubieran vivido en armonía con la verdad.

María: Es maravilloso. Esa cualidad conlleva aspectos extraordinarios, ¿verdad?

9.11. Hacer concesiones respecto a la verdad personal para encontrar la Verdad Divina

Jesús: Considero que esta cuarta cualidad es sumamente importante: comprender que la Verdad de Dios, una vez que se conoce, nunca admite concesiones. Es fundamental entender que esto es algo muy, muy distinto a la verdad personal. Respecto a mi opinión, con mi propia verdad personal, necesito hacer concesiones constantemente. En mi vida privada, vivo haciendo concesiones, porque sé que hay cosas que desconozco; y, ante aquello que ignoro, debo estar dispuesto a ceder con rapidez si quiero recibir la Verdad de Dios, ya que la Verdad de Dios es, precisamente, la que no admite concesiones. Si no estoy dispuesto a cambiar, a evolucionar y, por tanto, a modificar mi propia verdad, jamás podré acercarme a la Verdad de Dios. Por tanto, ten presente que esta cualidad se refiere a la Verdad de Dios, no a la tuya propia.

María: Sí, sin duda.

Jesús: De hecho, todas estas cualidades se refieren a la Verdad de Dios, no necesariamente a la tuya. Solo cuando logras que tu verdad entre en armonía con la Verdad de Dios, dejas de hacer concesiones respecto a esa verdad en particular.

María: De hecho, toda esta conversación que estamos teniendo hoy, esta serie de preguntas, nos ofrece muchas pistas sobre si nuestra verdad personal se acerca, aunque sea mínimamente, a la Verdad de Dios.

Jesús: Exactamente.

María: Por lo tanto, si descubrimos que lo que consideramos verdadero no encaja con estas otras cualidades, entonces ya sabemos: "Vaya, tal vez deba hacer concesiones".

Jesús: Estamos muy, muy lejos de la Verdad de Dios. Hasta ahora hemos analizado cuatro de estas cualidades. Hemos visto la primera: la Verdad de Dios es infinita. Así que, cada vez que pienso que la verdad es finita…

María: "Lo sé todo sobre esto".

Jesús: "Lo sé todo sobre algo"; pues no, no es así; así de simple. Solo Dios lo sabe todo sobre todas las cosas. Con el tiempo iremos conociendo más sobre cada tema, y habrá aspectos que se consoliden, sin duda; pero si creemos que la verdad no es infinita, entonces no tenemos ni idea de lo que es realmente la Verdad de Dios. Si creemos que es algo que puede cambiar, que podemos moldear, manipular o alterar a nuestro antojo, estamos equivocados. Si creemos que lo podemos conseguir sin estar en armonía con el amor, también estamos equivocados. Si creemos que podemos hacer concesiones, tampoco es así. Y si eso es lo que hacemos ─hacer concesiones, existir sin armonía con el amor, intentar manipular o alterar las cosas, negociar con Dios, o creer que todo es finito─, entonces sabemos que estamos muy lejos de la Verdad de Dios en lo que respecta a sus cualidades. Nuestra verdad y la Verdad de Dios son como la noche y el día: la nuestra es la noche, la de Dios es el día. Y esa es la belleza de la verdad: que lo revela todo; la Verdad de Dios lo expone todo. Nuestra propia verdad no hace eso; nuestra verdad busca mantenernos estancados, donde estamos, sin cambios.

Eso forma parte de estas cualidades. Hasta ahora hemos analizado cuatro; en esta sesión intentaremos abordar otras tres. Pero debemos comprender que, si aplicamos tan solo esas cuatro ─al analizar nuestra propia vida y nuestros sistemas de creencias personales─, ¡podríamos llegar a descartar la mitad de lo que creemos! (Risas) Si fuéramos humildes, lo descartaríamos todo; pero, como a menudo no somos humildes, nos aferramos a ello. Sin embargo, si somos verdaderamente humildes, a la luz de estas cualidades descartaríamos automáticamente la mitad de nuestras creencias ─y eso que apenas hemos llegado a la cuarta cualidad; todavía nos quedan otras diez por tratar─. Considero importante que las personas comprendan que aceptar estas cuestiones depende, en gran medida, de la humildad ─lo cual es, en sí mismo, otro tema a tratar─.

10. La Verdad Divina, con todo el poder y el conocimiento que posee como fundamento, no obliga a nadie a aceptarla en contra de su voluntad

María: Quinta cualidad: ¿A qué te refieres cuando dices: "La Verdad Divina, con todo el poder y el conocimiento que posee como fundamento, no obliga a nadie a aceptarla en contra de su voluntad"?

Jesús: Bueno, en primer lugar, debemos reconocer ─respecto a esta cualidad─ que la Verdad Divina es una de las fuerzas más poderosas del Universo. De hecho, es el mecanismo mediante el cual funciona todo el Universo; cada ley que rige su funcionamiento es una Verdad Divina ─una Verdad de Dios─, una verdad absoluta, una verdad universal. Por ello, dispone de un poder inmenso. Todo el poder de Dios respalda estas verdades, que son, en su totalidad, verdades divinas. Por tanto, debemos comprender, en primer lugar, que estas verdades poseen un poder inimaginable.

Sin embargo, dado que Dios ha otorgado a la humanidad el don del libre albedrío, Dios no emplea este poder para manipular la voluntad humana. Dios gobierna el universo entero mediante dicho poder, pero permite que los seres humanos elijan si desean alinear su propia verdad y su conocimiento con la Verdad Divina, o bien vivir ─ya sea de forma consciente o por ignorancia─ en desarmonía con ella. Así pues, la Verdad de Dios nunca se impone a la humanidad; más bien, la invita a descubrirla. El hecho de que la humanidad posea libre albedrío no compromete al resto del universo; simplemente, permite a los seres humanos decidir cómo actuar dentro de su propio ámbito. Por consiguiente, dondequiera que se encuentre la humanidad ─ya sea aquí en la Tierra o en las

dimensiones espirituales─, existe la posibilidad de armonizarse con la Verdad de Dios, o no hacerlo; y Dios jamás obligará a nadie a alcanzar dicha armonía. Dios ni siquiera forzará a los seres humanos a descubrir la Verdad Divina; simplemente esperará a que surja en nosotros el deseo de hacerlo y aprovechemos la oportunidad para descubrirla.

Esta es una característica fundamental de la Verdad de Dios: no actúa en contra del don del libre albedrío. Dios ha concedido este don a la humanidad y, por tanto, siempre lo respeta; la verdad misma ─la verdad universal─ honra el libre albedrío humano. Si bien no permite que el libre albedrío infrinja las leyes del universo sin acarrear consecuencias, sí concede a los seres humanos la posibilidad de ejercer su voluntad en desarmonía con el amor, si así lo desean. Por supuesto, esto siempre conlleva consecuencias negativas, pero la humanidad tiene la libertad de actuar de ese modo, y Dios nunca la obligará a cambiar. Dios, sencillamente, nos educa a través de este proceso.

María: Así pues, si personalizamos eso, podemos defender el Amor Divino y la Verdad Divina; pero, en el momento en que decidimos luchar por ello, en realidad estamos abandonando ambos.

Jesús: Exacto. En cuanto empezamos a luchar por lo que creemos que es verdad ─ya sea una lucha verbal, emocional o física─, estamos comprometiendo este atributo de la Verdad Divina y, por tanto, dejamos de estar en armonía con ella. (Cuando hablo de "lucha verbal", me refiero a enfadarse o alterarse a causa de lo que consideramos verdadero, o a proyectar nuestra ira sobre los demás). La Verdad de Dios no actúa así.

Dios no nos grita ni nos increpa cada vez que infringimos una de Sus leyes; tampoco lo hace cuando estamos a punto de infringir una de Sus leyes, ni siquiera después de haberlo hecho. Dios simplemente nos educa a través de un proceso en el que la Verdad Divina ─que es inmutable y conlleva, invariablemente, consecuencias (un aspecto que abordaremos más adelante)─ no necesita recurrir a gritos, enfrentamientos ni coacciones. No precisa hacer nada de eso, pues, por su propia naturaleza, es inamovible.

Es una de las fuerzas más poderosas del Universo, solo superada por el Amor de Dios; posee, por tanto, una enorme capacidad para transformarnos, y el funcionamiento mismo del Universo depende de ella. Una vez que comprendemos y respetamos este principio ─que no vulnera el amor subyacente, expresado en la actitud de: "No voy a manipular tu voluntad, ni a controlarla, ni a intentar cambiarla ─ya sea de forma pasiva o agresiva─; simplemente te invitaré a que tú mismo decidas cambiarla"─, entendemos también que jamás deberíamos realizar acción alguna que, bajo el pretexto de la verdad, resulte en daño para otra persona.

Ahora bien, si reflexionamos sobre cómo se aplica esto en el caso de la mayoría de las instituciones religiosas en la Tierra, observamos una historia terrible: han llegado al extremo de recurrir a la tortura y al asesinato para imponerse sobre otras naciones o pueblos. Esto demuestra que gran parte de la religión humana ha olvidado esta verdad fundamental acerca de Dios y de la forma en que Él ha creado el Universo.

11. ¿Cómo se manifiesta en mi vida personal la comprensión, desde el alma, de que "la Verdad Divina ─con todo el poder y el conocimiento que la sustentan─ jamás obligará a nadie a aceptarla en contra de su propia voluntad"?

María: Quinta cualidad: ¿Cómo se manifiesta en mi vida personal la comprensión, a nivel del alma, de que "la Verdad Divina ─con todo el poder y el conocimiento que la sustentan─ no obliga a nadie a aceptarla en contra de su propia voluntad"?

Jesús: Bueno, una vez más, lo que hacemos en nuestra vida personal suele ser, en gran medida, un reflejo de lo que hacemos en la sociedad. Por tanto, al analizar esta cuestión, vemos que influye tanto

en las decisiones que tomamos a nivel personal como en aquellas que afectan a la sociedad. Cuando honramos el don del libre albedrío, permitimos que las personas tomen sus propias decisiones y elecciones. La única circunstancia en la que restringiríamos la elección o decisión de alguien ─siempre de una manera que esté en total armonía con el amor─ sería cuando esa persona decidiera ejercer su voluntad de tal forma que terminara causando problemas a los demás.

Dicho de otro modo: si alguien decide suicidarse, en principio solo se afecta a sí mismo, dependiendo de cómo lo haga. Si lo hace de una manera que genera un gran impacto negativo, entonces afecta a otras personas; si, por el contrario, lo hace de una forma que no repercute en terceros, solo se afecta a sí mismo. No intentaríamos forzar a esa persona ni impedirle que lo haga, a menos que concurran ciertas condiciones. Una de ellas, por ejemplo, podría ser que la persona esté bajo la influencia de espíritus; en tal caso, primero buscaríamos eliminar dicha influencia y, una vez logrado esto, le permitiríamos decidir por sí misma si desea quitarse la vida o no.

Pero si observamos el actuar de Dios, veremos que Él permite que cualquier persona que desee suicidarse lo haga. Dios no se lo impide; más bien, intenta educarla y mostrarle ─a través de diversos medios, ya sea medios angélicos o bien personas en la Tierra─ que no es una decisión acertada. Sin embargo, al final, Dios no impide que la persona lleve a cabo su elección, precisamente porque se trata de un ejercicio de su propia voluntad. Se les permite tomar una decisión que no está en armonía con el amor ni con la Verdad de Dios ─una decisión que conlleva la advertencia: "No lo hagas, porque si lo haces, sufrirás mucho"─, pero esta advertencia no se les impone a la fuerza. Tienen la libertad de elegir, y Dios no establece normas que les impidan tomar esa decisión; simplemente, Dios permite que lo hagan. Lo que debemos comprender es que, incluso cuando una persona está dispuesta a hacerse daño a sí misma, Dios no va a intervenir. Dios tratará de ayudarla, pero no intervendrá; no la detendrá por la fuerza para impedir que se cause daño.

María: Entonces, si llevamos esto al plano personal, no puedo esperar que Dios intervenga si estoy haciendo algo que no está en armonía con la verdad.

Jesús: Eso es perjudicial para uno mismo.

María: Es perjudicial para uno mismo, o incluso para los demás.

Jesús: Y tampoco puedo esperar que Dios intervenga en las consecuencias de tal comportamiento. A menudo, la gente quiere mantener una conducta determinada, pero espera que Dios intervenga para evitar las consecuencias; sin embargo, Dios no hará ninguna de esas dos cosas.

María: Pero tampoco obligaré a los demás a aceptar la verdad sobre las cosas, porque respetaré su libre albedrío.

Jesús: Es decir, no los obligaría ─mediante algún acto de violencia, ira o algo similar─ a creer lo que yo creo. Jamás elegiría recurrir a tales acciones.

María: Ni a hacer lo que yo considero un acto de amor.

Jesús: Ni a hacer lo que yo considero correcto.

María: Ni siquiera lo que es correcto desde la perspectiva de Dios.

Jesús: Exacto; aun si supiera lo que es correcto desde la perspectiva de Dios, no los obligaría a actuar conforme a ello. Podría animarlos, educarlos ─o al menos intentarlo─, o hablarles sobre los principios

o cuestiones en juego; pero no los obligaré, no los acosaré, no los controlaré ni los manipularé ocultando información o proporcionando datos falsos. No haré nada de eso con el fin de controlar su voluntad.

Esto se observa hoy en día con frecuencia en las religiones, donde se crean constantemente leyes para controlar la voluntad de las personas. Por ejemplo, al no conformarse con las leyes de Dios, deciden establecer toda una serie de normas adicionales para "respaldar" las leyes divinas. Entonces, lo que terminan haciendo es crear muchas leyes de origen humano; por ejemplo, una ley que dice: "Debes tener un certificado de matrimonio por escrito antes de vivir con alguien". Pues bien, Dios no tiene esa ley; Dios nunca ha entregado un certificado de matrimonio por escrito a nadie en el Universo que haya contraído matrimonio. Dios sabe que es el amor lo que une a dos personas. Por lo tanto, cuando intento obligarte a obtener un certificado por escrito antes de reconocer que mantienes una relación con otra persona, lo que estoy haciendo es imponer mi voluntad sobre la tuya. Al actuar así, estoy en desarmonía con la Verdad Divina, ya que Dios ─que conoce la verdad absoluta─ nunca hace algo semejante. Así que tú ─sin siquiera conocer la verdad─ lo haces; esto indica que hay algo que no está bien, y es una señal de que no posees, en tu alma, este tipo de ley o principio de comprensión sobre la naturaleza de la Verdad Divina.

11.1. Respetar el libre albedrío de los demás, incluso cuando deciden hacernos daño mediante su propia voluntad

María: De acuerdo. Entonces, otra de las cuestiones que hemos enumerado aquí es: "Si poseemos una comprensión, arraigada en el alma, de esta verdad o cualidad, respetaremos el libre albedrío de los demás, incluso cuando estos decidan hacernos daño mediante su propia voluntad".

Jesús: Sí, este es un aspecto muy interesante, en el sentido de que comprendemos y reconocemos que, mientras vivimos ─particularmente aquí en la Tierra─, Dios permite que las personas tomen decisiones; y, a veces, esas decisiones conllevan causarnos daño personal. Nosotros no deberíamos recurrir a la violencia como represalia ante tal daño.

Ahora bien, esto es algo muy difícil de aceptar para la mayoría de las personas en este planeta. Dios no recurre a la violencia ni a las represalias ante el daño recibido; por lo tanto, nosotros tampoco debemos recurrir a la violencia para responder a un daño personal. Eso es lo que significa ser semejante a Cristo [*Christ-like*]. Sin embargo, si observamos las acciones de la mayoría de las religiones, vemos que recurren a causar daño cada vez que su propia vida se ve atacada de alguna manera.

María: Y, de hecho, nosotros mismos hacemos eso en nuestra vida personal, ¿verdad?

Jesús: A menudo lo hacemos. Con frecuencia, recurrimos a actos motivados por el resentimiento y el odio como respuesta al daño que se nos ha infligido. Así, cuando alguien nos hace daño, sentimos que estamos justificados para ejercer violencia contra esa persona de alguna forma. Al actuar así, no estamos comprendiendo este principio de la Verdad de Dios ─pues Dios jamás actúa de ese modo─; si lo hacemos, no estamos en armonía con esta cualidad.

María: Lo mismo ocurre, por ejemplo, cuando simplemente nos alejamos de esa persona estando nosotros en un estado de ira o rabia.

Jesús: Es cierto. Podemos alejarnos de los demás para protegernos de sus proyecciones hacia nosotros, o bien para dejar claro que consideramos que su comportamiento carece de amor; en esos casos, tal alejamiento sería aceptable. Pero si nos alejamos con el fin de expresar nuestra rabia, estamos

dirigiendo esa rabia hacia la otra persona; eso constituye un ataque violento que no está en armonía con este principio.

Esto se observa con frecuencia en los matrimonios; por ejemplo, cuando las mujeres se retiran sexualmente de sus parejas, a menudo eso sucede precisamente a causa de la rabia. La mujer siente una gran rabia en relación con los asuntos sexuales; no desea abordar esta emoción en particular y, en su lugar, opta por retirarse de la relación, tanto sexual como emocionalmente. Luego, piensa que eso es algo positivo y que ahora se siente más tranquila. Pero no es así: no solo ha hecho concesiones, sino que, en este ejemplo, ha faltado al respeto tanto a su propia voluntad como a la de la otra persona. No se da cuenta de que, al retirarse, impide que la voluntad se exprese y, por lo tanto, evita trabajar en los problemas que la llevan a querer rechazarla. En otras palabras, no permite que su marido exprese su amor hacia ella, ni tampoco ella está resolviendo si realmente desea continuar en la relación. A él no le da la oportunidad de tomar una decisión. No le dice: "Nunca más volveré a tener relaciones sexuales contigo" ─lo cual permitiría que él respondiera: "Bueno, entonces nunca más volveré a vivir contigo"─.

Cuando ocultamos información importante a los demás, estamos, de hecho, afectando a su voluntad. Si necesitas cierta información para mantener una relación abierta, libre y basada en el entendimiento conmigo, es mi deber ─es imperativo─ proporcionártela. Si retengo esa información, estoy influyendo en tu voluntad; básicamente, te estoy ocultando datos que, de conocerlos, podrían llevarte a tomar una decisión distinta. Al actuar así, no estoy honrando el don del libre albedrío. Por tanto, en ese aspecto, no estoy comprendiendo este principio fundamental ─esta cualidad─ de la Verdad Divina.

11.2. No intentar manipular a los demás

María: Entiendo. Entonces, cuando comprendo que "la Verdad Divina no obliga a nadie a aceptarla en contra de su propia voluntad", no intento manipular a los demás, ni siquiera cuando podría hacerlo fácilmente al conocer sus emociones. No fuerzo a las personas a aceptar la verdad; más bien, respondo a su deseo de recibirla.

Jesús: ¿Qué te parece si analizamos algunos de estos casos? Hablemos del tema de la manipulación. Esto es algo que vemos con mucha frecuencia en las relaciones, donde las personas se manipulan mutuamente, una y otra vez; y el propósito de dicha manipulación es obtener el resultado que uno desea. Dios no hace eso: Dios simplemente presenta una verdad y deja que la persona tome su propia decisión acerca de cómo van a utilizar esa verdad. Dios no intenta manipular eso; Dios trata de fomentar un comportamiento amoroso a través de las leyes, pero no te obliga a actuar con amor; te permite tomar tus propias decisiones.

María: Y, de hecho, cada vez que presentamos una fachada en una relación, estamos manipulando la situación. Estamos diciendo: "Así soy yo", pero en realidad es una versión falsa de mí, y seguramente espero obtener algo a cambio.

Jesús: Y, en el fondo, estoy intentando manipular la voluntad de la otra persona, en vez de simplemente mostrarme tal como soy ─con todos mis defectos, como suele decirse─ y dejar que sea ella quien decida si quiere estar conmigo o no. Lo irónico es que, a la mayoría de las personas, esto les resulta muy atractivo; de hecho, estarían más dispuestas a iniciar una relación bajo esas condiciones, que es lo que dicta la ley de la verdad.

11.3. No obligar a los demás a aceptar la verdad, sino responder a su deseo de recibirla

Jesús: ¿Y cuál era el segundo punto que mencionaste?

María: No obligo a las personas a aceptar la verdad, sino que respondo a su deseo de recibirla.

Jesús: Sí, esto es sumamente importante. A menudo, no comprendemos un principio fundamental sobre la verdad: si una persona no siente en su corazón el deseo de recibirla, nunca la recibirá.

María: No pueden, ¿verdad?

Jesús: No pueden. La Verdad de Dios es una verdad que nace del corazón; por tanto, si no existe el deseo de recibirla, no será aceptada. Así que no tiene sentido ofrecerla. Es inútil compartir la verdad con alguien que no tiene ningún deseo de recibirla. Es un punto crucial: intentar que alguien acepte la verdad cuando no tiene el deseo de poseerla equivale, en cierto modo, a intentar forzarla.

María: Y es algo muy hermoso cuando un corazón desea la verdad, ¿verdad?

Jesús: Por supuesto; es algo maravilloso, porque cuando un corazón desea la verdad, es capaz de absorber tanta verdad como uno pueda ofrecerle.

María: Y, de hecho, este poder y este conocimiento —que tienen como fundamento la Verdad Divina y que forman parte de la cualidad que estamos tratando— poseen la capacidad de entrar en el alma de otra persona.

Jesús: Y transformarla por completo.

María: Y eso es algo muy hermoso.

11.4. Nunca utilizar la verdad sobre los demás para aliviar adicciones u obtener un beneficio personal

María: Bien, entonces, al comprender esta cualidad de la Verdad Divina —que es sumamente poderosa pero no obliga a las personas en contra de su voluntad—, entiendo que nunca debo utilizar la verdad sobre los demás para aliviar mis propias adicciones o para obtener un beneficio personal.

Jesús: Lo que observamos con frecuencia es que las personas tienden a usar la verdad, o su conocimiento de la verdad sobre otros, para menospreciar a los demás y destruir su carácter o su naturaleza.

María: En realidad, se trata de su autoestima, ¿verdad?

Jesús: Efectivamente, se trata de intentar socavar la autoestima y el valor personal de alguien. La realidad es que quienes actúan así suelen tener una autoestima muy baja, e intentan hacer que el valor de los demás disminuya por debajo del suyo propio.

Lamentablemente, esto conlleva una degradación a nivel del alma como consecuencia de sus actos. Además, este comportamiento no honra la naturaleza de la Verdad Divina; pues la Verdad Divina nunca se impone a nadie. Si bien es siempre veraz, jamás está motivada por el deseo de forzar a otra persona a sentir algo en particular. Su motivación es siempre ayudar o sanar; eso es precisamente lo que Dios hace constantemente. Ese es el poder de la verdad; es un poder que trae sanación; por eso se dice que la verdad te hace libre.

Por otro lado, cuando menospreciamos a otros ─ya sea mediante mentiras o utilizando la verdad con ese fin─, demostramos que nuestra intención es manipular y dañar deliberadamente a la otra persona. Al albergar tales intenciones, en realidad estamos atacándola. Estamos actuando mediante la coacción, lo cual no constituye una acción amorosa.

María: Entiendo. "Nunca manipulo a los demás ni los acontecimientos ocultando partes de la verdad".

Jesús: Creo que ya hemos hablado de eso.

María: Ya lo hemos tratado, ¿verdad?

11.5. Nunca intentar forzar a una persona a conectar con sus emociones cuando no desea sentir emociones

María: "Nunca intento forzar a una persona a conectar con sus emociones cuando no desea sentir emociones".

Jesús: Exacto; se trata del mismo principio. No intento imponer la verdad a una persona a nivel emocional cuando sé que no desea experimentar ninguna emoción. ¿Qué sentido tiene hacer eso? ¿Por qué no mantener simplemente una discusión intelectual sobre la verdad ─si es que uno desea hacerlo─ y observar si la persona está abierta a permitir que, en algún momento futuro, esa verdad cale en ella a nivel emocional, en lugar de intentar forzarla a sentir emociones como resultado de lo que se le está diciendo? Esto, una vez más, constituye un intento de manipular la voluntad ajena; y cada vez que intentamos manipular la voluntad de otra persona, estamos en desarmonía con la Verdad de Dios.

Existen religiones, sistemas políticos y todo tipo de instituciones a escala mundial en el planeta; pues bien, muchas de ellas están regidas, por completo, por el deseo de manipular la voluntad de los demás. Bajo este principio en particular, muchas de esas instituciones tendrían que desaparecer. Dios no hace nada de eso; pero, dado que las Leyes de Dios son inamovibles, no es posible infringirlas sin que ello conlleve consecuencias. Asimismo, resulta imposible eludir la ley mediante el uso de la fuerza.

12. La Verdad Divina nunca se adapta ─nunca podría hacerlo─ a las creencias de los seres humanos

María: Sexta cualidad: ¿A qué te refieres cuando dices que "la Verdad Divina nunca se adaptará ─ni podría hacerlo jamás─ a las creencias de los seres humanos"?

Jesús: Bueno, esta cualidad de la Verdad Divina está, obviamente, vinculada a otras que ya hemos comentado: la Verdad Divina es inamovible; posee la propiedad de ser inmutable, es infinita por naturaleza, entre otros atributos.

Así pues, esta cualidad en particular define la relación ─por así decirlo─ entre la Verdad Divina y la humanidad. Los seres humanos desean constantemente ─y, de nuevo, no tanto en lo que respecta a cuestiones físicas, sino a asuntos emocionales y espirituales─ aferrarse a sus propias "verdades". Creen que pueden adoptar ciertas posturas o creencias desde una perspectiva espiritual y emocional; de hecho, consideran que tienen derecho a hacerlo. Si bien es cierto que se les ha otorgado la libre voluntad para elegir, eso no implica necesariamente que tengan el "derecho" a hacerlo, ya que tal derecho conlleva aferrarse con enojo a creencias falsas y demás. Ahora bien, todas las Leyes de Dios están diseñadas para animarnos a abandonar esa perspectiva; sin embargo, la mayoría de las personas en la Tierra creen que pueden mantener sus propias "verdades" y, al mismo tiempo, tener una relación con Dios.

Por eso vemos a personas, dentro de todo tipo de estructuras religiosas, convencidas de que su creencia particular es la única verdadera acerca de Dios. Si le preguntas a un cristiano: "¿Cuál es la verdad sobre Dios?", citará la Biblia ─esto y aquello─ y mencionará diversos aspectos. Si le preguntas a un musulmán cuál es la creencia verdadera sobre Dios, citará el Corán. Si le preguntas a un hindú, mencionará cosas totalmente distintas; y si le preguntas a un budista, ofrecerá una perspectiva diferente. La razón es que la humanidad ha inventado sus propias ideas sobre Dios; ha creado sus propias nociones acerca de lo que constituye la Verdad Divina. Se han inventado todas sus ideas sobre lo que constituye la verdad absoluta.

Ahora bien, la Verdad de Dios no se ajusta a las ideas de los seres humanos; esa es, de hecho, una de sus cualidades. Por lo tanto, el simple hecho de que te hayas formado una idea o un concepto sobre Dios no significa que esa sea la verdad acerca de Dios; solo significa que es tu propia idea o concepto al respecto. Tarde o temprano, tendrás que aceptar el hecho de que se trata de una idea o concepto tuyo, y no necesariamente de la Verdad de Dios ─ya sea la verdad sobre Dios mismo, el Universo, el alma humana, la ciencia, las matemáticas o cualquier otro tema─. Debemos comprender que, simplemente por el hecho de que tengamos una idea, esta no tiene peso real frente a lo que constituye la Verdad de Dios sobre cualquier asunto ─ya sea de naturaleza física, emocional, espiritual o relacionada con el alma; eso no importa─. Sean cuales sean nuestras ideas, probablemente tendrán que cambiar si queremos aceptar la Verdad de Dios respecto a un tema determinado.

La Verdad de Dios no se amolda a las ideas de los hombres… ni a las de las mujeres (risas). Hoy en día, observo que muchas mujeres parecen creer que poseen una mejor noción de lo que son el amor y la verdad que los hombres; pero, en realidad, la Verdad de Dios no se ajusta a las ideas que los seres humanos tienen sobre ella. La Verdad de Dios es lo que es: es la realidad del Universo. Somos nosotros quienes, en algún momento, tendremos que descubrirla si deseamos ser más felices.

Tendremos que transformar nuestros conceptos; con el paso del tiempo, nos veremos obligados a llegar a ese punto. Y a lo largo de este proceso acabaremos dándonos cuenta de que no tiene sentido construir todos estos conceptos de origen humano, cuando es posible que ninguno de ellos ─o solo algunos─ represente realmente la Verdad de Dios. ¿No sería mejor contar con un proceso científico para investigar cuáles son, en realidad, las Verdades de Dios, y luego poner nuestras vidas en armonía con ellas? Ese sería un mejor proceder. Sin embargo, en lugar de eso, lo que la humanidad ha hecho es crear un sinfín de ideas personales, plasmarlas en libros y afirmar: "Así es Dios". Y, por supuesto, hoy en día hay miles de millones de personas que basan sus vidas en estas ideas; lamentablemente, muchas de ellas son profundamente infelices, precisamente porque no se trata de las Verdades de Dios. Ese es el problema al que nos enfrentamos.

María: Entonces, para cerrar este punto, en tus notas mencionas que "aquellos que desean aferrarse a su propia verdad personal, en realidad no aman a Dios ni lo comprenden".

Jesús: Correcto.

María: ¿Podrías hablar un poco más sobre eso, por favor?

Jesús: ¿Hablar de eso? Sí, es algo que no comprendemos. Observo que esto ocurre con mucha frecuencia entre las personas religiosas: se forman un sinfín de conceptos sobre Dios que, en realidad, no tienen nada que ver con la naturaleza divina; la mayoría ni siquiera son amorosos, no constituyen la verdad ─no son la Verdad Divina─, sino que son meras opiniones personales. Luego, estas personas llegan a creer que, por tener tales ideas, mantienen una relación con Dios o que eso las hace santas; pero no es así. La única santidad que puede surgir en alguien es aquella santidad que nace cuando el Amor de Dios entra en el alma de la persona; y la única verdad ─el único conocimiento, el conocimiento real─ que puede llegar a una persona debe provenir de Dios, de la comprensión que Dios

tiene del Universo. Cuando uno construye sus propias ideas y, a raíz de ellas, cree ser santo, en realidad no ama a Dios en absoluto; solo se ama a sí mismo. Y, a decir verdad, ni siquiera se ama a sí mismo de la manera adecuada, pues, si uno realmente se amara a sí mismo, desearía conocer la opinión de Dios en lugar de la propia.

María: ¿No será que, en el fondo, lo que amamos es nuestra propia construcción, aquello que hemos creado, esa sensación de orgullo que experimentamos?

Jesús: Exacto; se trata de una condición terrible de arrogancia. En esencia, le estamos diciendo al mundo que Dios debe ajustarse a nuestra concepción de lo que Dios es. Eso es lo que planteamos: que Dios tiene que amoldarse a nuestra idea sobre Dios; y, de hecho, le exigimos al mundo que también se ajuste a esa misma concepción. Al actuar así ─sin tener ninguna relación real con Dios─, estamos siendo arrogantes; y, sin embargo, muchas personas que se encuentran en este estado creen que son santas. Creen que tienen una relación con Dios y piensan que están haciendo lo correcto, pero lo único que hacen es alimentar su propia arrogancia; eso es todo lo que hacen.

Así pues, debemos comprender que esto es así: la Verdad de Dios ─la naturaleza misma de la Verdad divina─ nunca se ajustará a las ideas de la humanidad. Cada vez que formulo una idea a la que espero que se adapten mis hermanos y hermanas en este planeta ─y a la que espero que también se ajuste Dios─, estoy dando muestras de mi propia arrogancia. Eso es todo.

13. ¿Cómo se manifiesta en mi vida personal una comprensión, arraigada en el alma, de que "la Verdad divina nunca se ajustará, ni podrá ajustarse jamás, a las creencias de los seres humanos"?

María: Sexta cualidad: ¿Cómo se manifiesta en mi vida personal una comprensión, arraigada en el alma, de que "la Verdad divina nunca se ajustará, ni podrá ajustarse jamás, a las creencias de los seres humanos"?

Jesús: Bueno, en primer lugar, no estaré constantemente tratando de idear conceptos sobre Dios que no me constan como verdaderos. Mantendré una mente y un corazón muy abiertos respecto a cuál es la verdad sobre Dios ─y, por extensión, sobre el Universo que Dios ha creado, sobre mí mismo y sobre todo lo que existe en el Universo─. No me aferraré a ideas rígidas e inamovibles.

Tampoco impondré estas ideas fijas a los demás. Tendré la humildad suficiente para entender que cualquier idea o concepto que yo proponga ─y que aún no se haya demostrado como cierto─ debe ser verificado científicamente, matemáticamente y a través de la experiencia, antes de que podamos aceptarlo realmente como la Verdad de Dios. Por consiguiente, no plantearé ideas o conceptos nacidos de mí mismo con el único fin de obtener la adulación, la adoración o el reconocimiento de los demás. Mis acciones ─en lo que respecta a la formación de mi propia comprensión de la verdad─ estarán motivadas por razones mucho más puras, y no por el deseo de engrandecerme a mí mismo.

13.1. Negarse a someterse a las creencias de los hombres, incluso bajo amenaza de muerte

María: Has escrito aquí lo siguiente: "Incluso bajo amenaza de muerte, me niego a abandonar la Verdad Divina para someterme a las creencias de los hombres".

Jesús: Sí. Básicamente, lo que estamos diciendo aquí es ─y recuerda que en un ejemplo anterior mencionamos que el error siempre lucha por su propia supervivencia─ que, a medida que recibimos la Verdad Divina a través de nuestra relación en desarrollo con Dios, y recibimos el Amor Divino, se nos revelan verdades que terminamos aceptando. Entonces, surge en nosotros el deseo de honrar esta

verdad bajo cualquier circunstancia o condición. Esto significa que, incluso si nos enfrentamos a la amenaza de nuestra propia muerte, seguiremos honrando la verdad. No nos plegaremos a las opiniones humanas sobre lo que deberíamos creer o aceptar como verdad.

En ocasiones, esto puede resultar en una experiencia que nos pone a prueba de manera muy intensa; especialmente, cuando está en juego nuestra propia vida, es algo que nos confronta profundamente. Yo mismo me he encontrado en esa situación, así que sé lo difícil que resulta enfrentarse al hecho de que uno no va a ceder, aun sabiendo que, como consecuencia, uno podría morir a manos de otros ─personas que desean defender el error y que, no solo lo defienden, sino que están dispuestas a atacar debido a ese mismo error─.

Y entonces, una vez que has interiorizado la convicción de que "jamás me someteré a las ideas de los hombres" ─es decir, una vez que tengo la certeza de que algo es verdad─, no puedo ceder en ese punto; no puedo ceder, ni siquiera ante la amenaza a mi propia vida. Yo jamás tomaría una medida que pusiera en peligro la vida de otra persona, pues eso iría en contra de la verdad; sin embargo, otros podrían intentar amenazar mi vida, y aun así, yo no cedería en ese asunto en particular.

13.2. No comprometer las propias creencias, incluso si eso significa perder a amigos o familiares

María: Otro punto: "No comprometo mis creencias, incluso si eso significa perder a mis amigos o familiares". Ya hemos hablado un poco de esto en otras respuestas.

Jesús: Al igual que en la respuesta sobre el hecho de transigir, cuando hablamos de las creencias humanas ─ya sean de carácter general o religioso─, nos referimos también a las creencias de nuestra propia familia. Aquí es donde a la mayoría de las personas les resulta especialmente difícil mantener esta cualidad. Quizás piensen: "No quiero ajustarme a lo que el mundo cree sobre esto o aquello, ni a lo que tal o cual religión sostiene"; pero, cuando se trata de la familia, entran en juego tantas emociones ─el deseo de obtener su aprobación, su aceptación, etc.─ que, a menudo, terminamos negando la Verdad de Dios sobre ciertos temas solo para apaciguar o complacer a nuestros familiares.

Si realmente tuviéramos la convicción, en lo profundo de nuestro corazón, de que la Verdad de Dios no se negocia ni se adapta a las creencias humanas, no actuaríamos así. Honraríamos la Verdad de Dios en cualquier circunstancia, reconociéndola precisamente como tal: la Verdad de Dios. Nos volvemos inamovibles ─tan firmes en la verdad que hemos asimilado, como lo es Dios mismo en la verdad─; por consiguiente, incluso ante la amenaza de ser excluidos de nuestra familia, de una religión, de un partido político, de nuestro entorno laboral o de cualquier otro ámbito, no cedemos. Honramos la Verdad de Dios por encima de todo, sin subordinarla a las ideas o creencias de los seres humanos. Eso es lo que hacemos.

13.3. Estar dispuesto a ser la única persona en la Tierra que acepta el estado de amor y verdad

María: Bien, otro punto: cuando comprendemos esta cualidad desde el alma, "estamos dispuestos a ser la única persona en la Tierra que acepta el estado de amor y verdad".

Jesús: Ahora puedo hablar de esto basándome en mi propio ejemplo. Durante gran parte de mi tiempo en el siglo I, fui la única persona en la Tierra que aceptaba una de las Verdades de Dios. Lo que me resulta interesante es que, desde un punto de vista científico, esto sucede constantemente en el ámbito del análisis físico de las cosas. A muchos científicos del pasado les ocurrió lo mismo: fueron los primeros en aceptar algo que nadie más ─incluidos muchos de sus colegas─ estaba dispuesto a admitir, a pesar de que se trataba de una de las Verdades de Dios. Yo he tenido que atravesar una situación similar en lo que respecta a los asuntos espirituales.

Cuando honramos la Verdad de Dios por encima de cualquier otra cosa, no cedemos en esos temas. Muchos de estos científicos han aportado un gran beneficio a la humanidad; si lo pensamos bien, de no haberse mantenido firmes en lo que sabían que era verdad, nuestra sociedad actual sería muy distinta. Pensemos en aquellos científicos o físicos que descubrieron ciertas verdades: si quienes hicieron estos hallazgos no se hubieran aferrado a la verdad que descubrieron ─incluso ante las burlas y el ridículo de los demás─, hoy no contaríamos con muchos de los avances que tenemos, ¡ni siquiera con el conocimiento que poseemos sobre la luz!

Esto tiene mucho que ver con la fortaleza de carácter. Cuando tenemos la certeza absoluta de que algo es una Verdad de Dios, surge en nuestro interior una convicción tan profunda que resulta sumamente difícil no defenderla; de hecho, para no hacerlo, uno tendría que quebrantar una de las Leyes de Dios. Así pues, es fundamental no ceder ante los sistemas de creencias de otros, ni por evitar su ira o su enojo, ni por motivos económicos o cualquier otra razón. Así es como llega más verdad al planeta.

13.4. Desear actuar en la verdad y el amor, incluso ante las burlas, la denigración, la humillación o las amenazas

María: Muy bien. “Deseo actuar en la verdad y el amor, incluso ante las burlas, la denigración, la humillación o las amenazas”.

Jesús: Supongo que se podría decir que es una extensión de la idea de: “Incluso si tengo que morir por ello”; es decir: “Respondo siempre con la verdad y el amor, aunque se me amenace, se me denigre o se me humille”, o ante cualquier otra situación en la que, sin llegar a morir, sufro tales ataques”. A veces, morir resulta más sencillo que experimentar todo eso, ya que, a menudo, la muerte es un proceso mucho más rápido y menos doloroso que tener que soportar todas esas otras cosas. Por lo tanto, yo seguiría defendiendo la verdad; aunque fuera la única persona en hacerlo y aunque el resto del mundo entero se burlara de mí, seguiría defendiendo la verdad. Ese es el grado de firmeza que tendría si comprendiera plenamente que la Verdad de Dios no se amolda a las creencias humanas. El hecho de que toda la humanidad crea algo no significa que sea verdad.

13.5. Percibir los efectos de la falta de verdad

María: Bien, otro punto interesante: “Percibo los efectos de la falta de verdad en la humanidad en general y en cada situación que afronto personalmente”.

Jesús: Así es. Lo maravilloso de esto es que, al no ceder constantemente, logras distinguir entre la Verdad de Dios y la “verdad” humana ─que, a menudo, no es más que un error─. Al comprender la Verdad de Dios en tu propia alma, empiezas a entender las razones por las que todo sucede en la Tierra tal como sucede. Empiezas a ver el contraste entre lo que ocurriría si todos actuaran según la manera de Dios, y lo que sucede porque actúan a su propia manera; percibes esa diferencia en cada caso concreto. Es como si, de repente, cobraras una conciencia plena de todo lo que te rodea, comprendiendo por qué ocurren las cosas: la razón es, precisamente, que existe algo que no está en armonía con el amor y la verdad. Y, aunque reconoces la condición humana ─sientes compasión por ella─, no la validas ni basas tu vida en ella. A menudo, puedes destacar como ejemplo de una persona que vive fuera de los límites de lo que la humanidad define como verdad; así, a través de tu propia vida, puedes demostrar la diferencia entre vivir en armonía con toda la Verdad de Dios y vivir fuera de ella ─y lo que implica vivir fuera de ella─, dado que, por lo general, toda la humanidad se encuentra fuera de la Verdad de Dios. Por tanto, cuando vives dentro de la Verdad de Dios, surge un contraste directo entre tu propia condición y la de los demás, así como un contraste directo en tu manera de analizar cada evento. Esto

resulta sumamente valioso para favorecer tu propia comprensión.

María: Y esta es una de las formas en que la verdad ─cuando la recibimos y estamos dispuestos a actuar en armonía con lo que hemos recibido─ nos ayuda a recibir más verdad, ¿verdad? Porque empezamos a percibir sus efectos al observar a las personas que nos rodean; cuando ya no estamos dispuestos a hacer concesiones, vemos con mucha más claridad las consecuencias de las concesiones que ellas hacen, y esto, a su vez, nos ayuda a recibir aún más verdad. Cuanto menos cedemos respecto a esa verdad, más capaces somos de ver una verdad mayor y de recibir más de la Verdad de Dios, ¿no es así?

Jesús: Sí, y también nos ayuda a desarrollar cualidades como la humildad, al darnos cuenta de que la falta de humildad en la raza humana ha llevado a las personas a creer que todo esto es real, cuando en realidad no lo es. Nos ayuda con cualidades como la fe, pues al observar nuestra propia vida, vemos que, por lo general, es mucho más feliz y mejor que la de los demás. Ahora puedo comprender todo lo que sucede en mi existencia; esto nos da la fe necesaria para confiar en que el proceso funciona.

También nos ayuda en lo que respecta al amor, ya que podemos observar las consecuencias de la falta de amor en la vida cotidiana de las personas y compararlas con nuestra propia experiencia. Así, nos damos cuenta de que, cuando actuamos sin amor, surgen errores, y vemos lo que sucede; en cambio, cuando actuamos en armonía con el amor, los resultados son distintos. Por lo tanto, al honrar esta verdad y dejar de intentar adaptarnos a las ideas de la humanidad, desarrollamos una naturaleza mucho más sensible y consciente.

En realidad, también afrontamos el miedo: el miedo a la desaprobación de los demás. Esta es una de las razones principales por las que la humanidad no ha avanzado mucho más a lo largo de los siglos: la mayoría tememos tanto la opinión ajena que nos da miedo tener una opinión propia distinta. Y, dado que tememos tanto las opiniones diferentes ─y como tales opiniones suelen ser atacadas, y nosotros tememos ser atacados─, por lo general no intentamos descubrir nuevas verdades. Así, terminamos en un estado de estancamiento que perdura durante cientos, si no miles, de años; es por esto que atravesamos periodos como la "Edad Oscura", en la que se produjo un estancamiento en el desarrollo durante milenios, a consecuencia de la imposición de falsedades ─las "verdades" de la humanidad─ sobre la Tierra. Si hubiéramos aceptado la Verdad de Dios durante aquel periodo, las cosas habrían cambiado con mucha mayor rapidez.

13.6. Nunca justificar las posturas humanas basadas en el miedo o la ira

María: Bien, un último punto sobre esta cualidad: "Si comprendemos que la Verdad Divina nunca se adaptará a las creencias de los seres humanos, entonces jamás justificaremos las posturas humanas basadas en el miedo o la ira, pues estas revelan una falta de fe en Dios".

Jesús: Exacto. Recuerda que la ira es, en realidad, la negación de las propias adicciones, mientras que el miedo surge del deseo de utilizar dichas adicciones para ocultar los propios temores; por tanto, el miedo, las adicciones y la ira están interconectados. Lo que debemos hacer no es negar estas manifestaciones en los demás, sino tratar siempre de ayudarles a sacarlas a la luz, considerándolas siempre como creencias. Así pues, no solo entendemos los conceptos como creencias; también consideramos como creencias aquellas emociones que no están en armonía con el amor. Y, al empezar a verlas como creencias, comprendemos que es precisamente ahí donde debemos actuar en armonía con el amor, la verdad y el sistema divino ─la Verdad de Dios─ respecto a todas estas cuestiones.

Una de las características de la Verdad Divina es que difiere profundamente de las ideas que los seres humanos tienen sobre las emociones y sobre las creencias. Es posible evitar las consecuencias negativas de todas las ideas que la humanidad tiene sobre las emociones y las creencias si las ponemos

en armonía con el amor y la verdad ─Dios lo sabe, pero la gente no─; si, por el contrario, cedemos, nos limitamos a encajar en lo que la gente conoce, lo cual reduce nuestra propia capacidad de ser felices, así como la capacidad de felicidad de quienes nos rodean. Por lo tanto, es mucho mejor permitir que se produzca la confrontación entre la Verdad de Dios y la verdad humana, y dejar que esto saque a la luz lo que tenga que surgir a nivel emocional. Es mucho mejor hacer eso que intentar evitar que salgan a la superficie ciertas emociones que no están en armonía con la Verdad de Dios.

14. La Verdad Divina conduce a la libertad

María: Séptima cualidad: ¿A qué te refieres cuando dices: "La Verdad Divina conduce a la libertad"?

Jesús: La Verdad de Dios conduce a la libertad; o, como solía decir en el siglo I: "La verdad os hará libres", que viene a ser prácticamente lo mismo. Verás, cuando piensas en la Verdad Divina ─dado que es la verdad del Universo─, cada vez que nos ponemos en armonía con ella, nos estamos alineando con su funcionamiento y con todas las leyes que dicha verdad determina. Cuando nos ponemos en armonía con algo, todo se vuelve más fluido, más sencillo ─y, por tanto, más libre─; todo fluye con mayor facilidad, todo sucede con más naturalidad… todo es más libre.

Por el contrario, cuando nos oponemos a algo ─y, en particular, a la Verdad Divina─, todas las leyes y todas las verdades intentan corregirnos. Es como si se formara una especie de prisión a nuestro alrededor con el fin de corregirnos; así, es como si nos encontráramos en una institución correccional.

Entonces, cuando vivimos en armonía con la Verdad Divina, disfrutamos de esta libertad; cuando vivimos en desarmonía con ella, surgen restricciones, confinamiento y esclavitud. La Verdad Divina ─la Verdad de Dios─ siempre deriva en una mayor libertad. Pero no se trata de una libertad en la que unos son libres mientras otros permanecen esclavizados; es una libertad que funciona de manera equitativa, una libertad en la que todos se vuelven más libres y, como resultado, también más amorosos. No es una libertad de la que solo gozan unos pocos mientras el resto vive en la esclavitud; es una libertad a la que todos pueden acceder a medida que aceptan las verdades específicas que la conforman.

Este es un aspecto sumamente importante de la Verdad Divina: conduce a una libertad plena en muchos sentidos. Es la puerta hacia el amor; con esto quiero decir que abre nuestro corazón al amor. Nos ayuda a comprender que el amor está disponible, y también nos ayuda a entender la forma en que lo está. Por consiguiente, su asimilación genera una gran felicidad; lo que da lugar a la libertad y, como resultado de esta, a la felicidad.

Por ello, es sumamente importante comprender esta cualidad de la Verdad Divina en particular. Cada vez que nos sentimos más limitados, es porque no comprendemos lo suficiente la verdad; por lo general, esto significa que sentimos miedo ante algo ─el miedo es lo falso presentándose ante nosotros como real, lo falso pareciendo verdadero─. Cuando actuamos movidos por el miedo, solemos sentirnos más limitados, más esclavizados. En cambio, cuando actuamos conforme a la verdad, nos sentimos menos limitados, menos esclavizados: la verdad nos libera.

Si examinamos los sistemas políticos y religiosos del mundo, así como muchos otros sistemas existentes en el planeta, podemos observar que gran parte de estos sistemas de creencias no están en armonía con la Verdad de Dios, ya que, de hecho, generan confinamiento, esclavitud y una falta de libertad. Esto nos indica que incluso muchas de nuestras propias leyes deben estar en desacuerdo con la Verdad Divina. Si analizamos todo lo que sucede en el mundo bajo esta perspectiva ─la creación de libertad para todos por igual, no solo para una persona, sino para todos sin distinción─, empezamos a comprender la belleza de la Ley y la Verdad Divinas.

Recuerda que la Verdad Divina es ley; al ser la verdad del Universo, constituye, por tanto, una ley. Así, podríamos hablar de la "Ley de la Gravitación" o, equivalentemente, de la "Verdad de la Gravitación"; podríamos referirnos a la "Ley de la Aerodinámica" o a la "Verdad de la Aerodinámica". Existen, además, muchas leyes o verdades que la humanidad aún no ha descubierto, pero que ya se

conocen en el mundo espiritual; por ejemplo, la Ley del Arrepentimiento ─o la Verdad sobre el Arrepentimiento─, la Ley del Perdón ─o la Verdad sobre el Perdón─, y la Ley del Amor ─o la Verdad sobre el Amor─. Una vez que empezamos a comprender que todos estos aspectos relacionados con las Leyes Divinas son, en realidad, verdades, nos damos cuenta de que esta cualidad ─la de generar libertad─ es verdaderamente extraordinaria. De hecho, genera tanta libertad que, para cuando uno alcanza la unidad con Dios, se siente completamente libre para expresar su propia voluntad de la forma que desee, sin restricción alguna. Me resulta curioso, porque muchas personas que escuchan sobre la "Verdad Divina" la perciben como algo bastante restrictivo; ante lo cual yo pienso: "Vaya, qué extraño". En realidad, solo resulta restrictiva porque uno desea aferrarse al error; es, de hecho, ese error lo que nos limita. La postura basada en el error ─ya sea una creencia o cualquier otra cosa─ es lo que está restringiendo nuestra vida.

María: Y restringiendo nuestra alegría, así como nuestra capacidad de recibir amor.

Jesús: Restringiendo su poder, restringiendo su capacidad de crear; de hecho, restringiéndolo todo. Si las personas en la Tierra supieran hasta qué punto su supuesta libertad ─que no se rige por la verdad, sino por una forma de esclavitud─ las limita, renunciarían a ella al instante. Por lo general, las personas necesitan haber progresado durante muchos años en el mundo espiritual para darse cuenta de lo limitadas que estaban en la Tierra debido a sus sistemas de creencias, y de cuánta esclavitud generaban estos.

Por ello, es fundamental comprender este principio ─o cualidad─ de la Verdad Divina: esta siempre conlleva una mayor libertad para todos. Así pues, si algo te brinda más libertad a ti, pero a costa de generar más esclavitud para mí, no se trata de la Verdad Divina. Para que sea Verdad Divina, debe traducirse en una mayor libertad tanto para ti como para mí; solo entonces es Verdad Divina.

15. ¿Cómo se manifiesta en mi vida personal una comprensión, arraigada en el alma, de que "la Verdad Divina conduce a la libertad"?

María: Séptima cualidad: ¿Cómo se manifiesta en mi vida personal una comprensión, arraigada en el alma, de que "la Verdad Divina conduce a la libertad"?

Jesús: Bueno, en primer lugar, dejo de desear que las leyes creadas por los seres humanos rijan mi vida; de hecho, dejo de necesitarlas. Lo que quiero decir es que permito que sea la Ley del Amor la que gobierne todos los aspectos de mi existencia. Elijo, de manera deliberada, no actuar en contra del amor, porque sé que cada vez que lo hago, estoy creando esclavitud, ya sea para mí o para los demás. Por tanto, en esos momentos no estoy en armonía con la idea de que la Verdad Divina siempre conduce a la libertad.

Cuando actúo en desarmonía con respecto a las Leyes del Amor, daño a otras personas ─ya sea de forma intencionada o por ignorancia─; el daño, en cualquier caso, se produce. Y al dañar a otros, les provoco dificultades, lo cual equivale a una falta de libertad. Así que empiezo a desear amar porque es lo correcto. Empiezo a desearlo porque quiero hacerlo, no porque la ley me obligue a ello. Y este es el aspecto liberador de las Leyes del Amor: cuando actúas en armonía con las Leyes del Amor, resulta casi automático actuar en armonía con prácticamente todas las Leyes que Dios tiene.

María: Y con toda verdad.

Jesús: Y con toda verdad ─si consideras la ley como verdad─, con toda Verdad que Dios tiene. Y esa es la belleza de actuar en armonía, o de esa manera; da lugar a una libertad magnífica, una libertad a la que no puedes acceder cuando actúas movido por otros motivos.

15.1. Vivir una existencia completamente libre y promover la libertad de los demás

María: Bien, analicemos algunas de las notas que tienes aquí. Cuando alcanzamos una comprensión, desde el alma, de que la Verdad Divina conduce a la libertad, "vivimos una existencia completamente libre ─libres de las opiniones, adicciones y deseos de los demás─ y promovemos la libertad de los otros".

Jesús: Sí, hay dos aspectos en esto, ¿verdad? En primer lugar, vivimos libres de las opiniones y deseos de los demás. Es un hecho muy interesante: al vivir en armonía con el amor, nos sentimos totalmente libres de juicios y de que otras personas nos digan qué hacer. No nos sentimos inclinados a hacer lo que los demás nos dicen que hagamos, porque honramos el hecho de que somos libres; honramos el hecho de que poseemos libre albedrío. Se nos permite decidir por nosotros mismos qué hacer. Honramos el hecho de que, si utilizamos esa libertad en armonía con el amor, el resultado siempre será el mejor posible; si, por el contrario, la utilizamos en desarmonía con el amor, sabemos que el resultado será, invariablemente, terrible. Por tanto, lo que hacemos es elegir utilizarla en armonía con el amor; esa es una de las primeras cosas que llevamos a cabo.

¿Y cuál sería el segundo aspecto?

María: Promover la libertad de los demás.

Jesús: Sí. Este aspecto es interesante. Lo que observamos con frecuencia en el planeta es que las personas promueven su propia libertad a costa de la libertad de los demás; y esto no es una cualidad de la Verdad de Dios.

María: Y también es un indicio de que, en lo que respecta a estas cuestiones, la Verdad de Dios aún no ha penetrado en esas personas.

Jesús: Exacto. Por consiguiente, yo no promovería mi propia libertad si eso implicara una mayor esclavitud para ti; pues honro el hecho de que somos iguales. Si te amara tanto como me amo a mí mismo, respetaría tu libertad tanto como respeto la mía.

Por lo tanto, jamás realizaría ninguna acción que perjudicara tu libertad; nunca intentaría esclavizarte de ninguna forma, ya sea mediante vicios ─como las drogas, el alcohol u otros─, o bien esclavizándote física, sexual o emocionalmente, o de cualquier otra manera. Jamás elegiría actuar de ese modo. Por esta misma razón, nunca me convertiría en alguien que promueve el consumo de drogas o alcohol, ni fomentaría dependencias emocionales. Si realmente honro este principio, mi deseo es propiciar tu libertad, no tu esclavitud. Y, si veo que una persona se encamina hacia la esclavitud, mi deseo sería liberarla; al menos intentaría hablar con ellos sobre eso, por el amor que les tengo. Ahora bien, si no quisieran escuchar, también defendería su libertad de elegir no hacerlo; es decir, apoyaría esa elección.

15.2. No permitir que las opiniones, adicciones o deseos de los demás nos aparten del amor

María: Bien, veamos otro punto: "No permito que las opiniones, adicciones o deseos de los demás influyan en mí para apartarme de vivir en el amor".

Jesús: Exacto. Aquí es donde, al ser consciente de que soy libre y de que tengo derecho a tomar mis propias decisiones, dejo de dar tanta importancia a las opiniones y deseos que los demás tienen sobre mi vida. Esto tiene matices interesantes: ahora presto menos atención a lo que otros dicen que debería

hacer, y me centro más en lo que siento que a Dios le gustaría que hiciera, o en lo que el amor dictaría que haga. En otras palabras, me enfoco más en conocer la verdad sobre cómo debo actuar, en lugar de basarme en las opiniones ajenas ─que pueden ser ciertas o no─ sobre mi forma de actuar.

Por tanto, ahora me centro mucho en permitir que mi propio sentido de libertad se manifieste; este es un factor fundamental. Muchas personas no disfrutan de esto en su vida cotidiana porque se sienten condicionadas, o incluso atrapadas, por las opiniones de los demás. Otorgan un gran valor a lo que otros piensan. Cuando alcanzo este estado, dejo de depender de las opiniones ajenas: no busco tu opinión solo para sentirme bien; estoy dispuesto a sentirme mal ─a no contar con tu aprobación, o incluso a no conocer tu opinión en absoluto─. Estoy dispuesto a atravesar mis propias dudas sin intentar que seas tú quien las haga desaparecer. Estoy dispuesto a hacerme cargo de mis propias emociones, porque entiendo que ese es mi camino hacia la libertad; en cambio, seguir lo que tú crees que debería hacer me convertiría en tu esclavo. No hago eso; elijo no hacerlo.

Ya no quiero un gurú; quiero una relación con Dios. No quiero un gurú, ni tampoco un sacerdote; quiero una relación con Dios. No quiero que nadie me indique o me diga qué hacer. Quiero alguien que esté dispuesto a hablar conmigo y analizar cuáles considera que son las opiniones de Dios, y cómo uno puede llegar a conocer y desarrollar esas cuestiones; sin duda eso me interesaría; pero no seguiría automáticamente lo que esa persona sugiera sin antes realizar algunas pruebas. Esto me permite trazar un camino de autodeterminación en mi vida ─que es, de hecho, la forma en que Dios te creó─: involucrar tu personalidad, tu pasión y tus deseos; reconocer que se te ha otorgado el don de la voluntad ─es tuyo, y de nadie más─. Este don del libre albedrío te pertenece; no es de nadie más. Así que no lo cedas; aprende a utilizarlo tú mismo. Eso es lo que generará tu propia libertad.

15.3. Actuar conforme a todos los deseos que están en armonía con el amor

María: Muy bien, pasemos al siguiente punto: “Actúo plenamente conforme a todos mis deseos que están en armonía con el amor, incluso cuando otras personas se oponen a ellos”.

Jesús: Exacto. No parto de la idea de que, para amar, todos deban estar de acuerdo conmigo. Sé cuándo algo es amoroso porque mantengo una conexión con Dios; sé que tengo la libertad de tomar decisiones que sean amorosas y que estén en total armonía con todas las Leyes de Dios. Por lo tanto, elijo actuar conforme a ellas, aunque todos los demás discrepen. De hecho, al optar por actuar así a pesar de la oposición de los demás, les ayudo a discernir qué es verdad y qué no, qué es amor y qué no lo es; les ayudo a procesar estas cuestiones mediante mi propia forma de actuar, en armonía con el amor y la verdad.

Cuando respeto las opiniones de alguien que no están en armonía con el amor y la verdad que he descubierto, lo único que consigo es perjudicarme a mí mismo, perjudicar a la otra persona y, en definitiva, perjudicarnos a ambos. Pierdo la capacidad de determinar qué es la verdad y, con ello, pierdo mi libertad. Así que prefiero, con mucho, que al menos uno de nosotros sea libre, en lugar de que ambos estemos esclavizados por nuestros propios deseos de satisfacer las adicciones del otro.

María: Genial. Muy bien: “Honro mis propias creencias, incluso cuando otros no están de acuerdo con ellas”.

Jesús: Es un principio muy similar.

15.4. Honrar y experimentar nuestras propias emociones en todas las situaciones

María: “Honro y experimento mis propias emociones, en todo momento y en cualquier situación, sin reservas”.

Jesús: Así es; de este modo, tengo la libertad de expresarme emocionalmente sin sentirme limitado por mi entorno. Sé que Dios me ha otorgado este don de la libertad, y todas las Verdades de Dios giran en torno a ella. Y entonces, cuando alguien intenta limitarme emocionalmente, sé que esa persona no está en armonía con la Verdad de Dios. Cada vez que alguien intenta impedirme experimentar una emoción que está en armonía con el amor, sé que no está en armonía con la Verdad de Dios; lo mismo ocurre cuando intentan evitar que sienta algo que no está en armonía con el Amor de Dios, pero que estoy expresando de una manera que sí es armoniosa.

En otras palabras, por ejemplo: si siento ira o rabia y descargo esa energía golpeando un saco ─en lugar de hacerle daño a alguien─, eso está más en armonía con la Verdad de Dios. Valoro el hecho de que se me permita hacerlo; y, especialmente si me encuentro en mi propio espacio donde nadie más tiene que oírlo, es algo que, sin duda, puedo hacer. En cambio, si salgo de mi entorno y obligo a los demás a oír eso, entonces ya no estaría en armonía con el amor, pues se lo estaría imponiendo a otros; esto iría en contra del don del libre albedrío ─un concepto que ya hemos visto anteriormente─. Sin embargo, si actúo en armonía con la libertad y con el libre albedrío, elegiré experimentar todas mis emociones en la intimidad, sin esperar que nadie más las comparta y sin esperar que nadie me ataque por ello. Lo haré porque me amo a mí mismo y amo la libertad.

15.5. Nunca culpar a otros por controlarnos o intentar controlarnos

María: Genial. Esta me viene muy a cuento: “Nunca culpo a otra persona por controlarme o intentar controlarme”.

Jesús: Sí, porque reconozco que poseo libre albedrío, tal como comentamos en el punto anterior. En este caso, reconozco que se me ha otorgado libertad; y, dado que vivir en armonía con la verdad genera libertad, no culparía a nadie más por intentar manipularme o imponerme su voluntad. Más bien diría: “Vale, han intentado imponerme su voluntad y yo lo he permitido. ¿Por qué lo permití? ¿Por qué me someto a la esclavitud de otra persona, o por qué hago caso a otra persona? ¿Por qué lo hice? ¡Tiene que haber una razón por la cual elegí eso!”. Y no culparía a la otra persona por mi elección; en cambio, exploraría a nivel emocional por qué decidí vivir en la esclavitud en lugar de en la libertad.

María: Esto es algo fundamental ─que todavía estoy aprendiendo─ en relación con los espíritus y los ataques espirituales. A veces me siento tan atacada o acosada que solo quiero someterme y hacer lo que ellos quieren para no tener que sentir miedo. Siento que Dios nos está enseñando algo muy importante sobre nuestra voluntad: que tenemos esta libertad y que podemos tomar una decisión distinta: no ceder, sino simplemente sentir.

Jesús: Elige sentir tu miedo, que es, precisamente, la razón de su ataque [*el miedo es la razón: el hecho de que queremos conservar el miedo es la razón del ataque de espíritus, al que se refiere*].

María: Eso es lo que habilita su ataque.

Jesús: Exacto, eso es lo que permite el ataque. Entonces, siente tu miedo. Comprende que incluso el ataque en sí mismo es un medio a través del cual puedes sanar algo en tu interior; eso es la verdadera libertad.

María: Es algo que empodera muchísimo, ¿verdad?

Jesús: Resulta muy empoderador saber que, ante el ataque de alguien, si te permites ser humilde ante la

emoción que surge ─sentirás el ataque, te sentirás oprimido, probablemente llorarás a gusto por ello, sentirás algo de miedo y quizás también llores por eso─, después de todo eso, la emoción desaparecerá y te sentirás libre.

María: Aquí es donde conocer la Verdad Divina se convierte, literalmente, en un pase hacia la libertad; no existe ningún problema que no se pueda resolver. Cuando afrontas una situación, sabes qué puedes hacer y conoces las leyes que la gobiernan. Incluso si no las conoces todas ─ya que es imposible abarcar todas las Verdades de Dios─, puedes comprender ciertos principios, y sabemos que la humildad nos liberará. Por lo tanto, ya no existe ninguna situación ante la cual debamos sentirnos bloqueados o sin salida.

Jesús: Así es, y esto se aplica incluso a la muerte. Ni siquiera consideramos la muerte como una falta de libertad, pues en realidad no lo es. Una vez que hemos asimilado por completo la Verdad Divina, comprendemos que no existe la muerte de lo que somos, ni existe la muerte de nuestra experiencia, ni la muerte de nuestra capacidad para utilizar nuestras emociones, sentir, pensar y ser personas con libertad de pensamiento y de sentimiento. Por eso, ya ni siquiera tememos a la muerte. Poseemos tal grado de libertad que ya no le tememos a nada, incluida la muerte.

15.6. Responder únicamente con amor cuando otros intentan manipularnos o controlarnos

María: Bien, veamos otro punto: “Respondo únicamente con amor cuando otros intentan manipularme o controlarme”. Esto está, en cierto modo, relacionado con lo que acabamos de comentar.

Jesús: Así es. Por eso, cuando otras personas intentan manipularnos y controlarnos, como no nos preocupa tener que hacer lo que ellas quieren, simplemente podemos tratarlas con amor. Me has visto hacer esto a menudo cuando nos alojamos con otras personas, por ejemplo. Percibes las manipulaciones a las que nos vemos expuestos con frecuencia; aun así, puedo permanecer ahí, ofrecerles amor y no enfadarme.

María: Pero sin ceder tampoco.

Jesús: Exacto, sin ceder, pero sin enfadarme. La razón por la que no me enfado es porque no siento que deba ceder; no siento que tenga que hacer lo que me piden. Sé que no tengo por qué hacerlo.

María: Sientes esa libertad.

Jesús: Siento una sensación de libertad. Observo sus proyecciones hacia mí ─incluso su rabia porque no hago lo que ellos quieren─, pero eso es, para mí, algo que les pertenece a ellos. No me siento obligado a hacer lo que otros desean que haga, pues sé que Dios me ha otorgado el don del libre albedrío; Dios me ha dado libertad, y todas las Verdades de Dios me ayudan a ser libre. Por tanto, sé que cuando intentan controlarme, no me están ayudando a ser libre; lo que buscan es controlarme, y eso no es libertad, es control. Así que, cada vez que alguien intenta controlarme, no me está ayudando a ser libre; por consiguiente, no me someto a su deseo de tenerme bajo su control.

15.7. Sentirse tan libre que nada interfiera en nuestra relación con Dios

María: Bien, una última idea, que es muy hermosa: “Cuando alcanzamos esta comprensión, arraigada en el alma, de que la Verdad Divina conduce a la libertad, nos volvemos tan libres que nada en nuestro entorno interfiere en nuestra conexión con Dios”.

Jesús: Así es; una vez que alcanzamos la unidad con Dios, esto es precisamente lo que sucede. Somos tan libres en todos los aspectos que, literalmente, no existe ningún suceso que pueda ser perpetrado contra nosotros ─ni nada que podamos atraer a nuestra vida personal, ni nada que nos pueda ocurrir, incluida la muerte─ que sea capaz de alterar nuestra relación con Dios o nuestra sensación de libertad; y no se trata solo de una sensación, sino de una libertad real ─reconocemos que, efectivamente, en ese estado, somos completamente libres─; y es fácil imaginar la libertad que esto genera. La mayoría de las personas en la Tierra ni siquiera pueden concebir cómo sería algo así, y mucho menos sentirlo en las circunstancias actuales. Por tanto, este aspecto o cualidad de la Verdad de Dios ─que ella deriva en libertad, o aquello de que "la verdad te hace libre"─ es una característica fundamental de la Verdad Divina que conviene comprender.

María: Y, cuando llega a penetrar en tu alma, transforma tu vida por completo.

Jesús: Una vez que entra en tu alma, cambia la forma en que interactúas con casi todas las personas que te rodean. De repente, en vez de enfadarte por lo que intentan hacerte, dejas de sentir esa ira; ya no te perturba lo que intentan hacerte, porque ahora posees ─y experimentas─ una sensación de libertad absoluta. Sabes que no tienes por qué someterte ni hacer lo que otros te exigen. Eres consciente de tu propia libertad, y sabes que puedes ofrecer el regalo de lo que desees darle a los demás; pero, si alguien te lo exige, probablemente no lo harás. Como resultado, desarrollas una percepción de ti mismo mucho más sólida que la que tiene la persona promedio. En definitiva, esto da lugar a un estilo de vida hermoso y liberador; una libertad que no perjudica a nadie, sino que se encuentra en perfecta armonía con la forma en que los demás desean vivir sus propias vidas.